

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T **POLICIACO**

JUEGOS DE NIÑOS

Frank Caudett



PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

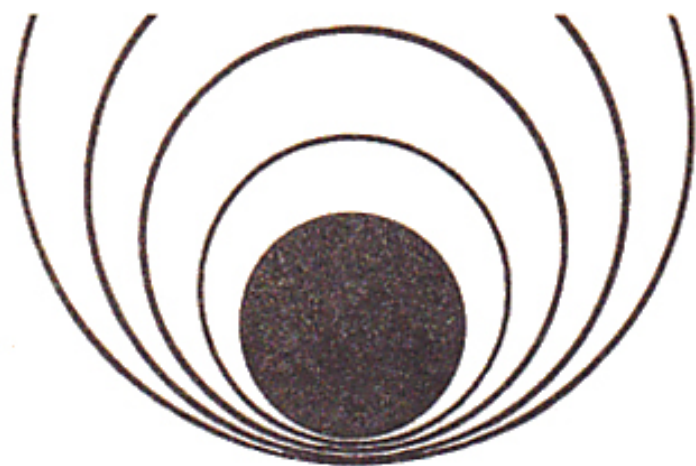
BOLSILIBROS

T POLICIACO

JUEGOS DE NIÑOS

Frank Caudett





PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **PUNTO ROJO:**

1.091 — Asuntos internos.

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.713 — Osiris.

En Colección **CALIFORNIA:**

1.390 — Acompañado ante el peligro.

En Colección **KANSAS:**

1.298 — Tranquilo.

En Colección **BÚFALO:**

788 — ¡Imposible!

En Colección **COLORADO:**

1.343 — Impasible.

En Colección **BISONTE:**

1.056 — Justicia en Monterrey.

En Colección **BRAVO OESTE:**

503 — Plomo en la amistad.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

637 — Memorándum para un sheriff.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

490 — Odio.

En Colección **BÚFALO SERIE AZUL:**

566 — Cobrizo.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL:**

644 — No matarás, pero...

FRANK CAUDETT

JUEGO DE NIÑOS

**Colección PUNTO ROJO Nº
1.106
Publicación Semanal**



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 18.354 – 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en España: julio, 1983

2.^a edición en América: enero, 1984

© **Frank Caudett – 1983**

texto

© **Almazán – 1983**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

Viernes, 28. Enero 1983. 10 horas, A.M.

Central Park, New York

Alegraba el corazón verlo, sí.

¡Tan feliz!

¡Tan entregado e integrado a la sin igual fantasía del juego!

¿Alguna imagen mejor en nuestro maltrecho y corrompido mundo que la de un cándido infante mecido por la ilusión de sus juegos?

Daniel Alberston era totalmente feliz.

Realizado que dirían sus mayores.

Manejando la perfecta reproducción en miniatura —o no tan en miniatura quizá (49x15 cm)— del Ford modelo Capri, en blanco, cruzado por una línea horizontal roja que le daba cierto aire de competitividad.

¡Gozaba tanto maniobrándolo a su antojo merced al control distante!

Papá Noel había sido muy bueno con él dejándole la medianoche del pasado 25 de diciembre, colgado del enorme árbol navideño del salón aquel magnífico vehículo dirigido por mando a distancia.

Aunque un amiguito del colé, algo mayor que él, le había dicho que lo del Papá Noel era un invento de los padres para...

«¡Bah...! —pensó—. Esos enteradillos que se las quieren dar de mayores para aguarle la fiesta a uno. ¡Mira que decir...!»

Con lo bonito que era acercarse al árbol de Navidad y...

¡Y cómo corría el Ford Capri! ¡Casi parecía de verdad!

Y lo podía hacer girar, a derecha e izquierda, como uno de verdad.

«¡Mira que decir que era un invento de los padres!»

Jimmy aún había ido más lejos asegurando que no era más que una burda maniobra de los comerciantes para...

«¡Aguafiestas! Eso eran los dos. Un par de aguafiestas y nada más.»

Daniel se olvidó de todo aquello para seguir dirigiendo su bólido en sentido paralelo al césped y cuadros de flores que corrían de norte a sur en aquel sector del Central Park.

—¡Daniel...! No te alejes tanto, ¿eh?

—Sí, sí... —dijo.

Y pensó:

«¡Jo, que es pesada la tía! Digo yo que con ocho años que tengo ya podrían librarme de tanta nurse y tanta tontería. Aunque, bien

mirado, Norma es bastante soportable. Y aunque sólo sea por aquello de que vale más loco conocido que sabio por conocer...»

Volvió a olvidar sus infantiles filosofías para concentrarse en la conducción del juguete.

Algo extraño sucedió entonces.

Impulsado por una velocidad muy superior a que él era capaz de impulsarle a través de su sistema de control remoto, el Ford se alejó de Daniel como una pequeña exhalación.

—¡Pero...! —exclamó el niño, entre asustado y sorprendido—. ¿Qué le ocurre a mi bólido?

Su bólido había girado en seco enfilando como una centella la salida del Central Park que asomaba a la Fifth Avenue, cruce con East 106 Street.

—¡Este coche se ha vuelto loco! —gritaba el niño, corriendo como un gamo tras el juguete.

Daniel Alberston accionaba, a la vez que corría, los mandos a distancia del Ford modelo Capri, pero éste seguía sin obedecerle.

En efecto, como exclamara el niño, parecía como si el coche se hubiera vuelto loco.

—¡Igual está el E.T. por aquí y quiere llevárselo a su planeta! —gritó en su infantil inocencia, sin dejar por ello de galopar tras el minivehículo.

Norma Dylan, la nurse, se alzó del banco que ocupaba en las inmediaciones del Harlem Lake, girando para no perder de vista al chiquillo y gritando:

—¡Daniel, Daniel...! ¿Se puede saber qué estás haciendo?

Y el niño, dejando atrás aquella salida del Central Park, respondía:

—¡El coche se ha vuelto loco, Norma! ¡Se me va...!

El tráfico nutrido y veloz le detuvo en seco.

Pero no al modelo miniaturizado que saltó, raudo, al encharolado de asfalto como si quisiera integrarse en la vida ajetreada de sus mayores con motor.

—¡Te van a chafar..., tonto!

Uno de los conductores, alarmado frente al menudo ingenio blanco y rojo que se le cruzaba por delante como un extraño ratón con ruedas, instintivamente, dio un brusco giro al volante.

Su vehículo colisionó al punto con el Porsche 944 rojo que pretendía adelantarle en aquel mismo momento, y ambos establecieron una especie de «V» frontera contra la que vino a estrellarse, con estremecedor estrépito, el celérico Vector Twin-Turbo W-2, metalizado, que subía tras ellos como una bala, marcando con el intermitente su decisión de evitarlos por la izquierda, maniobra que no consiguió, obviamente, llevar a cabo.

El estallido de los tres vehículos fue brutal. Otros coches que no

podieron aminorar a tiempo la marcha fueron a catapultarse, con menor violencia eso sí, contra la pía que formaban los tres primeros.

Uno que salía de la East 106 Street, un rápido utilitario alemán Volkswagen Jetta Gli de espectacular color bermellón, también se había sumado, pero bastante menos, a la colisión en cadena. La conductora del mismo, temeraria como lo estaba demostrando, había saltado a tierra con una cámara fotográfica en ristre y se estaba hinchando de echar placas del accidente, en vivo, en directo que habría dicho cualquier televisivo presentador.

Daniel, asombrado, boquiabierto, subidas ambas manos a la cabeza, contemplaba con evidente estupefacción el monumental lío que acababa de formar su pequeño vehículo de juguete al irrumpir, en contra de sus deseos y del mando que él controlaba, en plena calzada.

—¡Madre mía...!

La nurse llegó corriendo, nerviosa y agitada, junto al niño.

Abrazándolo contra su cuerpo como si quisiera protegerle de cualquier inminente peligro. Quizá se trataba de un reflejo del instinto femenino o del sentido de la responsabilidad, que tarde hubieran llegado de haberle ocurrido al niño algo más que perder su juguete preferido.

—¡Daniel, Daniel! ¡Por Dios...! ¿Qué ha sucedido?

—No lo sé, Norma. ¡Te lo prometo! Mi coche, de repente, se ha puesto a correr como... ¡Eh, Norma, mira!

La mujer siguió la dirección del dedo índice del crío.

—¿Qué...?

—¡Es el coche de papá!

En efecto, lo era.

El Vector Twin-Turbo W-2 metalizado que se había estrellado con sonora violencia contra sus predecesores que a la vez colisionaran en «V», pertenecía a Bruce Alberston, ejecutivo de primera línea de la National Children's Machines Corporation y padre de Daniel.

Bruce, que pese a ir con su chófer, conducía siempre él... se encontraba con la frente estrellada hacia el parabrisas, el tórax hundido en el volante, inmovilidad total, un hilillo de sangre manaba de su sien izquierda...

—¡Sí, sí, es el señor Alberston! —estalló, con gesto premonitorio de tragedia la nurse—. ¡Es tu padre!

—¡Vamos allá, Norma! ¡Quiero saber que le ha ocurrido a mi papá!

—No... ¡Espera!

Justo en aquel instante que la nurse y el niño discutían la conveniencia de acercarse o no al coche de Bruce Alberston... instante también en que los conductores, afuera de sus vehículos, gritaban y preguntaban el cómo y por qué de aquel maremágnum... instante en que la chica del Volkswagen seguía tira que te tira fotos... justo en

aquel instante, decimos, una mano enguantada retirada de uno de los bolsillos de la americana del ejecutivo de una de las empresas estadounidenses más importantes en el concierto de la fabricación mundial de juguetes electrónicos, la National Children's

Machines Corporation... retiraba una cartulina tamaño octavo en la que había sido escrito el siguiente texto:

*Paraíso infantil...
y paraíso de sueños...
paraíso es, de juegos bellos.*

*Mas es siniestro y vil...
el cerebro de los dueños...
que tras los juegos esconden, criminales destellos.*

Daniel, gritando horrorizado al captar a través del parabrisas la inmóvil y sangrante silueta de su padre, llegaba junto al Vector Twin-Turbo W-2.

—¡Papá... Papá! ¿Qué te sucede?

Ferdinand Alcaraz, el chófer, tambaleante como si estuviera ebrio, logró salir del vehículo y alguien le sostuvo para evitar que cayera al suelo.

Los rotativos de la tarde glosarían el accidente con titulares de impacto.

El *Herald Tribune* hablaría de la fatal intervención de un juguete que había causado la muerte, precisamente, del padre del niño que lo utilizaba: Bruce Alberston.

El titular de la crónica era el siguiente:

JUEGOS DE NIÑOS

Sábado, 29. Enero 1983. 11 horas, A.M.

Atlantic Beach, New York

Arthur Dawson miró con irritación a su hijo.

—¿Quieres dejarme tranquilo, Chris? ¡No tengo el ánimo para juegos.

Se encontraban en el amplio y casi selvático jardín con vistas parciales al océano y al lejano barrio neoyorquino del Queens, Far Rockaway, de la residencia que para los fines de semana y las vacaciones y para goce mayormente de su familia, había mandado construir Arthur Dawson, jefe principal de talleres de la National Children's Corporation.

Intervino Jennifer, su esposa, diciéndole:

—Sólo es un niño, Arthur. No pretendas que él comprenda tu estado de ánimo ni el porqué del mismo.

—¡Sólo faltas tú, Jennifer! Entre el niño y tú, tú y el niño, me tenéis la vida amargada.

—Nunca me habías hablado así, Arthur. Y no lo tomo en consideración porque te comprendo. Ha sido muy duro lo de Alberston... sí. Pero ¿tiene la culpa de ello tu hijo?

—¡Al diablo tú y él!

La mujer se encrespó.

—¡Arthur! ¿Es que te has vuelto loco?

Se alzó él de la tumbona donde se encontraba.

—¡Casi...!

El crío insistió una vez más:

—¡Eh, papá! ¿Es que hoy no vamos a jugar?

—Chris..., Chris, por Dios bendito. ¿Es que no puedes entender...?

—¡Papá tiene miedo de jugar conmigo! ¡Tiene miedo, tiene miedo! ¿Verdad que sí, mami?

—Deja a tu padre tranquilo, Chris. Está preocupado por cosas del trabajo.

—No quedamos en que las preocupaciones se quedarían en Manhattan, ¿eh?

—¡Habla igual que tú! —se desesperó Arthur Dawson—. Te has empeñado en que sea un adulto antes de tiempo.

—¡Pues juega con él si de veras es un niño!

—¡Eso, eso, papá! ¡Juega conmigo!

Hizo lo posible por dominar la cálida congestión que le subía de estómago hacia arriba.

—De acuerdo...

—¡Jugando se te olvidarán las preocupaciones, papá!

«Y una mierda también...», pensó el jefe de talleres de la fábrica de juguetes.

Pensando también en la esquila que recibiera a principios de semana y de la que sólo había hecho comentario con Bruce Alberston precisamente quien, un tanto asustado, le confirmara que él había recibido otra de idéntica.

El texto, que seguro nadie habría interpretado pero sí aquellos a quienes se les dirigiera, decía:

*Paraíso infantil...
y paraíso de sueños...
paraíso es, de juegos bellos.*

*Mas es siniestro y vil...
el cerebro de los dueños...
que tras los juegos esconden, criminales destellos.*

Dijo al fin, notando que sus intestinos hacían sonoras —¿Quién diablos...? —murmuró de manera audible, exteriorizando su pensamiento.

—¿Qué dices, papá?

—¡Eh...! ¡Oh, nada, nada! No sé ni...

—Estás muy raro hoy, ¿no te parece?

—Y tú muy inquisidor, pequeño tirano.

—¡Papá! ¿Por qué me tratas así?

Dawson se mordió el labio inferior haciendo un sobrehumano esfuerzo por dominar la cólera que le invadía.

Dijo al fin, notando que sus intestinos hacían sonoras —Olvidalo... ¿A qué quieres que juguemos?

—A lo de siempre, ¿no?

—¿Con los transmisores?

—¡Sí, claro! Ponemos la pelota en el lugar de costumbre y te vendas los ojos. Si con diez frases logras cogerla, tú ganas. Si no... me das cinco dólares o me llevas la semana que viene a ver la película que yo te diga. ¿Vale?

—Vale...

Y se alejaron los dos hacia el pequeño y cercano bosque que rodeaba la construcción, bajo el cual, unos cincuenta metros en desnivel, corría la carretera de Beech Street que, tras formar una

perfecta y geométrica «L» a la altura de Albany Boulevard, se convertía en el Atlantic Beach Bridge que pasando sobre las aguas del océano comunicaba aquel sector con la parte sur del Queens.

Chris se encargó de situar una pelota de playa con muchas listas de colorines junto a un núcleo de arbustos que distaban unos veinte metros del desnivel, mientras su padre se colocaba un pañuelo negro alrededor de los ojos que le impedía toda visibilidad, detalle este, que el pequeño se encargó de comprobar después con toda minuciosidad.

—¿Preparado, papá?

—Sí...

—Comienza a dar vueltas y te detienes cuando yo diga... —Arthur Dawson, con uno de los transmisores-receptores miniatura en lo alto de la diestra y cerca del oído escuchaba las palabras del niño al tiempo que iba girando sobre sí alrededor de los tacones de sus zapatos en espera del—: ¡Ya!

Se detuvo.

Preguntando a través del aparato:

—¿Estoy al norte, sur, este u oeste de la pelota?

—Al norte no puedes estar porque la tendrías a tu espalda y estás detrás de ella.

La respuesta irritó a Dawson que cada vez se sentía más incómodo y ridículo, cosa que no le había sucedido nunca. Y le irritaba todavía más la elemental razón que el niño exhibía.

—¡Sigue en tu línea de sabelotodo y jugarás con tu tía!

—Perdona, perdona —se comunicaban con los transmisores-receptores—, no te enfades. Te hallas al suroeste. En diagonal.

—Bien...

Y empezó a caminar hacia donde supuestamente se hallaba la esfera de colorines.

—¿Es acertado el camino?

—Sí... con reservas.

—¿Debo corregir hacia mi derecha, Chris?

—Tercera frase de orientación, ¿eh? —dijo el chiquillo, queriendo significarle que sólo le quedaban siete respuestas para perder o ganar el juego. Añadió—: Sí, hacia tu derecha. Pero no demasiado.

Arthur Dawson enfiló el sendero que supuso adecuado avanzando a grandes zancadas.

—Me encuentro en línea recta con la pelota, ¿sí o no? —quiso saber, deteniendo su avance.

Chris Dawson, respondió:

—No. Ahora te has situado más a la izquierda de ella. Demasiado a la izquierda.

Pero las palabras que a través del transmisor llegaron, realmente y en voz de su hijo hasta el oído de Arthur, fueron las siguientes:

—*Perfecto, papá. Ahora debes seguir avanzando, en línea recta, como unos cincuenta pasos...*

—¿Cincuenta...? —se extrañó el de los ojos vendados. Significando —: Me parece que con tanta explicación y tanta amabilidad, lo que tratas es de confundirme, Chris. Cincuenta pasos son muchos, ¿no? No creo que esté tan lejos...

—*Si te confundo me descalifico, papá. Y quiero ganar los cinco dólares. He dicho cincuenta pasos y creo que por ahí anda la distancia. Es que hoy, dando las vueltas, te has ido muy hacia atrás...*

Pero Chris Dawson, lo que verdaderamente estaba diciendo al ver la dirección y el ritmo que había tomado su padre, era:

—¡Te he dicho que estabas muy a la izquierda, papá! Tienes que andar... ¡Eh, papá! ¿No me oyes?

No.

No le oía.

Pero sí escuchaba:

—*¿No quieres más orientación, papá? Aún te quedan algunas frases.*

—No me hacen falta. Esta vez vas a perder los cinco dólares, Chris.

—*Es posible, sí.*

Y el niño, viendo ahora que su padre se acercaba de prisa y muy peligrosamente hacia el deslinde que asomaba en vertical y unos cincuenta metros por arriba a la carretera, gritó:

—¡Papá..., Papá! ¡Pero...! ¿Qué haces? ¡Papáaaaa!

Arthur Dawson se quedó sin tierra en la que apoyar sus pies y éstos patearon en el vacío.

—¡Aaaaaaaaaah!

Cayó.

Estrellándose de bruces con macabro impacto encima de la carrocería de un Mercury Capri GS que circulaba por la carretera como una bala, a velocidad que superaba los 150 kilómetros hora.

Fue, en verdad, estremecedor.

El cuerpo de Dawson, tras impactar sobre el coche, salió disparado hacia adelante y acabó siendo embestido, brutalmente, por el morro celérico del vehículo que le catapultó contra el tronco de un arbusto en el linde de la autopista.

Chris Dawson, arriba, en lo alto del desmonte, contemplaba con ojos desorbitados y expresión trágica las siniestras piruetas descritas por el cuerpo de su padre antes de quedar materialmente reventado a pies del árbol.

—¡Papáaaaaa!

Jennifer Ireland, alarmada por los gritos histéricos del niño, corrió hacia el lugar.

Por la tarde, los periódicos hablarían largo y tendido de aquel extraño e inexplicable accidente.

Este sería el titular del *New York Times*:
¡Y es el segundo!

TRAGICO... JUEGO DE NIÑOS

Domingo, 30. Enero 1983. 12 horas

Springfield Gardens, New York

—¡Saca, papá!

Así había gritado, como un auténtico pistolero del legendario Farwest, el pequeño Bertín Fosse.

Perniabierto a la usanza.

El tronco ligeramente arqueado y ambas manos, rígidas y en suspenso, acariciando con las yemas de los dedos las sobresalientes culatas de su pareja de revólveres.

Las armas sobresalientes en el cinto-canana del pequeño *gun-man* eran dos perfectísimas imitaciones del Colt modelo Whitneyville-Walker Dragoon ({1}) cuyo peso original de 4 libras y 9 onzas (2,152 kilogramos) había sido reducido a 1,850 kilogramos. Lo demás, todo quedaba igual. Bueno... casi igual.

Porque en el tambor de aquellos revólveres, que giraban como los de verdad, había, simplemente, proyectiles de plástico.

—¡Te advertí que no cruzaras el Pecos, forastero! —seguía el niño «provocando» a su progenitor.

Gene Fosse, public-relations jefe de la National Children's Machines Corporation, se encontraba en el amplio living del apartamento que había comprado tiempo atrás en la planta vigésima del edificio ultramoderno ubicado en el 1237 de Southern Boulevard, Springfield Gardens, y que utilizaba juntamente con la familia y servicio en los *week-end*.

Beatrice, su esposa, recostada a su lado en el brazo de la butaca, exclamó:

—¡Deja tranquilo a papá, Bertín!

—¿Por qué...?

—Él no puede entenderlo, Beatrice —dijo Gene, acariciando los largos cabellos de la mujer.

—Estoy asustada, amor...

Y mucho más lo hubiera estado de saber que su marido, el importante e influyente Gene Fosse, había recibido idéntica misiva que los miembros de la misma empresa donde trabaja su esposo que habían fallecido, horas atrás, en extraños y sorprendentes... *juegos de niños*.

Una ironía macabra, sí, por cuanto su trabajo estaba relacionado directa y precisamente con la fabricación y venta de... *juguets para niños*.

—¿Por qué?

—No sabría decírtelo. Las muertes accidentales de Alberston y Dawson... No sé, Gene. Pero tengo un terrible presentimiento... ¿Por qué no hablas con Walter Wallace?

—¡Bastante preocupado debe estar ahora uvedoble, uvedoble, para que yo...

—¡Saca o disparo, forastero! —se excitaba a sí mismo el crío.

Gene Fosse, por el rabillo del ojo, captó la brusca sacudida que su hijo imprimió a los hombros para que los brazos movieran las manos y los dedos de éstas tirasen de la culata de los revólveres, amartillándolos.

Tuvo la sensación el jefe de relaciones públicas de la National Children's Machines Corporation que una voz desconocida, pero sentenciosa e implacable, recitaba junto a su oído:

*Paraíso infantil...
y paraíso de sueños...
paraíso es, de juegos bellos.*

*Mas es siniestro y vil...
el cerebro de los dueños...
que tras los juegos esconden, criminales destellos.*

«Criminales destellos...»

Bruce Alberston y el Ford modelo Capri en miniatura con que jugaba su hijo cuando...

Arthur Dawson y el equipo de transmisores-receptores que le servía de orientación en el juego que compartía con su pequeño Chris...

Bertín Fosse, su hijo... *¡y las pistolas, los revólveres que llevaba al cinto!*

«Que tras los juegos esconden, criminales destellos...»

Comprendió, gritando:

—¡Espera, Bertín, espera! ¡No dispaes!

Saltó de la butaca.

Al tiempo que Beatrice, sobresaltada y presintiendo la tragedia, intervino:

—¡Gene, por Dios...! ¿Qué te ocurre?

—¡No dispaes...!

Tarde.

El pequeño había apretado ambos gatillos.

Y entonces, de la boca de los cañones, debían surgir proyectiles de

plástico.

Debían...

No.

Gene Fosse, cuando ambas balas se estrellaron en mitad de su tórax, se quedó muy quieto.

Erecto.

Notando el intenso calor que de pronto, como si un volcán acabase de nacer dentro de él, hada arder su pecho.

No eran de plástico, no.

—¡Bertín...! —aulló la madre, horrorizada.

Porque contemplaba con los ojos fuera de las órbitas el par de rojos rosetones, pringosos, líquidos, que pegaban la camisa al tórax de su marido.

Gene, trastabilló, negándose a pesar de todo a admitir la realidad que había comprendido tarde, antes de estrellarse contra la butaca en su retroceso, yendo luego adelante hasta acabar sobre el parquet.

—¡Muy bien, papá, muy bien! ¡Lo has hecho yupi!

—¡Bertín...! —se desesperó de nuevo la mujer corriendo a inclinarse hacia el cadáver de su marido—. ¡Has matado a tu padre!

El niño parpadeó.

—¿Matado...?

Miró, incrédulo, el cuerpo de su padre abocado en la madera... donde le creía estar fingiendo su muerte.

—¿Matado...? —y al entender, bramó—: ¡Papáaaaa... Papá míoooooooo!

Beatrice Agutter, en pleno estado de histeria, se abrazaba, convulsa, a la naturaleza exánime de Gene Fosse, sacudiéndola en baldío y desesperado intento de devolverle la vida.

—¡Gene... Gene... Por el amor de Dios! ¡Háblame! ¡Gene..., tú no puedes dejamos así!

Podía.

Les había dejado ya.

Contra su voluntad, por supuesto.

Como la mayoría.

El niño se había tirado, sollozando desesperado, encima de su madre.

Una tragedia, desde luego.

Que iba a servir de nuevo para que los rotativos vendieran ediciones especiales.

Y para que las letras fuesen de molde, negras, tan negras como la misma muerte, enunciando a bombo y platillo, con la singular morbosidad que caracterizaba a los periodistas, el tercer eslabón de aquella extraña y preocupante cadena de singulares y mortales accidentes.

Así luda el rótulo en primera página, por ejemplo, del sensacionalista *New York Night*:

No hay dos sin tres.

JUEGOS DE NIÑOS... JUEGOS DE MUERTE

PRÓLOGO

Pelham Bay Park (Bronx), New York. Semana siguiente

—¡Ostras tú...! ¡Precisamente tenían que llamar ahora!

De esta forma se quejó Melody Saint-James, reportera gráfica y redactora de *Life*, cuando sonó el zumbador del apartamento que poseía en Pelham Bay Park. Exactamente frente a él, en Continental Avenue 18.

Estaba en el cuarto de revelado esperando que los líquidos dieran vida al negativo que, descuidadamente, había pospuesto para aquel día... Bueno, quizá se trataba de un descuido profesional porque pensaba que las fotos de aquel absurdo accidente no tenían demasiada importancia.

La importancia se la habían dado los hechos sucedidos posteriormente y también, claro, la intervención directa y espectacular de los compañeros de la información general diaria.

Esa era una de las ventajas de Melody: que no tenía que entender a las exigencias urgentes de la publicación de cada día, puesto que las apariciones mensuales de sus artículos y fotos le daban tiempo suficiente para trabajar con calma, medida y mesura.

La otra ventaja la constituía el hecho de que al disponer de más tiempo para la reflexión y estudio de los temas, existía un mínimo margen de error comparado con el que corrían las publicaciones diarias.

Por eso seguramente, por disponer de tiempo, había dejado al margen el carrete del disparatado accidente de Manhattan, frente a Central Park, en el que se viera casual y tímidamente involucrada al asomar con su Volkswagen Jetta Gli, muy bermellón él, por la East 106 Street a la Quinta Avenida.

Y también porque Melody pensaba que aquel carrete no tenía excesiva importancia. O ninguna a lo peor, habiendo malgastado veinte y pico de fotos.

El que tenía el dedo índice incrustado en el timbre, insistió de mala manera.

—¡Pelmazo...!

Con unas pinzas extrajo de la cubeta un pedazo del cliché, cortado previamente, para tenderlo en un hilo de plástico que cruzaba en

diagonal la estancia de revelado que se alumbraba con una bombilla infrarroja.

El tío seguía dándole al timbre.

—¡Ya voy, ya voy...!

Salió de la estancia, presurosa, haciendo girar su plenos y bien formados glúteos dentro del carcelario blue-jeans de pana que oprimía el contorno obsesivo de aquéllos.

Cruzó el living y se metió pasillo abajo hasta llegar a la puerta, abriéndola de par en par.

—¿Qué ocurre, nervioso...?

Eran tres. Tres nerviosos.

—¿Es guapa, verdad, Colosimo? De las que te gustan a ti, ¿verdad?

Jack Colosimo tenía una cara de mala bestia y al mismo tiempo de perturbado psíquico con un enorme trauma sexual de sesos para adentro... que imponía, ¡palabra!

Se pasó la lengua por los labios.

—Sí, Sterling... —rió como un idiota—, ¡de las que me gustan!

Melody empezó a mosquearse y quiso cerrar la puerta pero lo impidió el llamado Sterling, que parecía mandar a los otros, metiendo el pie entre marco y hoja de madera.

—No tan de prisa, mona —intervino el que completaba el terceto. Se trataba de un menda con jeta de sádico que no podía negar que su madre lo parió para andar de asesino y canalla por la vida. Añadiendo —: ¿Te parece que es correcto darle a la gente con la puerta en las narices?

—A la gente como vosotros, sí —Melody, al menos en presencia externa, no se achantaba. De piel para adentro, quizá su ánimo estaba bastante alterado y preocupado frente al terceto de canallas que tenía delante. No obstante, preguntó—: ¿Puedo saber qué queréis?

—¿Tú eres Melody Saint-James? —preguntó, burlón, curvando los labios en rictus despótico, Sterling McNelly.

—De sobras lo sabes.

—Es ella, chicos.

—¿Qué queréis de mí, por última vez?

—Si te pones nerviosa, me pondré nervioso yo... —avanzó su esquelético tórax Chad Hayden, alias Sepulturero, extendiendo la diestra como si quisiera rozar con las yemas la preciosa carita llena de pecas, con expresión de susto ahora, que mostraba la chica—, y te acabaré tocando la cara, ¿entiendes?

—¡Puesto a tocar —estalló el libidinoso Colosimo—, prefiero tocarle el culo!

—Tampoco es mala idea —rió, feroz, Chad.

Melody estaba roja como la grana. Y eso, aún la ponía más bonita...

—¡Callaos! — tralló Sterling Y mirando a la muchacha, largó

autoritario—: Venimos por el carrete, prenda.

Abrió mucho sus grandes pupilas de limpio y precioso azulado.

—¿Carrete...? No sé de qué carrete me hablas.

Chad *Sepulturero* Hayden le pegó una restallante y dolorosa bofetada que tiñó de rojo encendido todas las brillantes pecas que la excitante pelirroja, porque tenía el cabello rojísimo como si de una bonita panocha se tratara, ofrecía desde su rostro entre pícaro y asustado ahora.

Se dio contra la pared del pasillo.

—¡Cabrón de mierda! —Melody no tenía inconveniente en ensuciarse la lengua cuando las circunstancias lo requerían.

Pero aún teniendo más razón que una santa (tampoco es que la chica fuera eso), hizo mal. Melody hizo mal, sí.

Porque Chad, al que por algo apodaban *Sepulturero*, no hubiera respetado ni a su madre de vivir... Así que Chad *Sepulturero* Hayden, sin pensárselo ni un segundo, ni medio tan siquiera, le pegó un puntarazo con aquella enorme bota campera, en mitad del vientre, que Melody se retorció en tierra con la misma sensación que si tuviera un ataque de apendicitis.

—No la pegues así, hombre... —el retrasado mental de Colosimo seguía opinando que era mucho mejor acariciarla.

Sus compañeros no le hicieron ni puto caso porque Sterling, escupiendo al suelo muy cerca de donde la pelirroja se retorcía, insistió:

—Venimos por el carrete, nena. Entiendes, ¿verdad, NE-NA?

Con recochineo incluido. Y sentenció:

—Si no te aclaras, el sádico este te machaca. Que te tragas tus propias pecas, NE-NA.

—¡Por..., por favor! ¡Dígame qué carrete y se lo daré!

—¿Ves cómo se trata de una NE-NA comprensiva, Chad? No entiendo por qué te empeñas a veces en ser tan violento. Se trata, NE-NA... —la empujó hacia dentro pero sin violencia con la punta del pie —, del carrete que echaste el día del accidente en Manhattan. ¿Dónde lo tienes, NE-NA, dónde...?

Sterling era un tipo cruel y cargante. El peor de los tres pese a su aparente inhibición. Melody así lo entendía y no quiso complicarse con absurdas heroicidades.

—Lo tengo en el cuarto de revelar.

—Vamos para allá, bonita de cara.

—¡Y de culo! —lanzó el maniaco sexual cuyas pupilas estaban como hipnotizadas encima de las nalgas de Melody que las exhibía en primer plano, al levantarse, apoyando las palmas de las manos en el mosaico. Añadiendo—: Sterling, oye... ¿me dejarás luego un rato con ella?

—Entiéndete con la chica, maniaco. En asuntos de amor y sexo no me meto. Si la señorita Saint-James te deja, que me parece que no... ¡Venga, NE-NA, arriba ya!

Como pudo, apoyándose en la pared, les precedió hasta la habitación que le servía de taller de revelado.

Al asomar dentro dijo *Sepulturero* Hayden:

—Si le pegamos fuego a todo esto acabaremos antes, ¿no crees, Sterling?

—¡No, eso no, se lo suplico!

Le dio Chad una sonora bofetada que la envió contra los fregaderos, trastabillando.

—¡Tú te callas, perra! Las perras callan cuando los hombres hablan...

—Nada de quemar, Chad. Nada.

Melody se cubría la parte castigada con la mano, aunque lo que le dolía de veras era la bestial patada que le diera antes aquel loco asesino.

—Es... es éste —y señalaba dos de los trozos tendidos en el hilo de plástico que cruzaba la estancia en diagonal.

—¿Están ahí todas las fotos que hiciste del accidente del viernes en la Quinta y la 106 Street, NENA?

—Sí...

—Procura no equivocarte porque en tal caso... volveremos. Y si volvemos, NE-NA, dejaré que Chad se despache a gusto contigo.

—¿Y yo...? —articulaba, babeante Colosimo—. ¡Está muy buena! ¿No puedo yo...?

—Quédate un rato si quieres —dijo Sterling McNelly arrancando de un tirón los dos trozos de carrete tendidos que ella señalara—, chalado. Sólo un rato, ¿eh? Te esperamos abajo, en el coche.

Sterling salió del cuarto y Chad también, no sin antes propinarle un violento empujón a la asustada repórter.

—Procura que no volvamos a vemos, muñeca. Y nos veremos en el caso de que nos hayas engañado... o en el caso de que le hables a alguien sobre nuestra agradable y cordial visita. Y si nos vemos otra vez, como te ha dicho éste... —«éste» era Sterling—, no te liquidaré, no... Pero voy a dejarte una cara que te horrorizará verla reproducida en el espejo. ¡Ciao, perra!

El maniaco sexual se quedó. Un rato pensaba él era muy poco. Pero había que aprovecharlo, claro.

—Son muy bestias... Melody. Te llamas Melody, ¿verdad?

—No me toques, por favor. No te acerques a mí... Vete con ellos y déjame tranquila.

—Sólo quiero hacerte caricias... Besarte en la boca, tocar tus pechos... Me gustan mucho tus pechos, ¿sabes?

—Por favor...

Jack Colosimo, italoamericano y obseso sexual, avanzaba.

—Un poquito, nena. A lo mejor te pones... en forma y podemos hacerlo, ¿eh?

La sola idea horrorizó a Melody.

—¡No...!

—Sí, sí... —jadeaba el tipo.

Ella atrapó una de las cubetas que estaban en el linde del fregadero al tiempo que enviaba la pierna derecha, con toda la fuerza de que fue capaz, hacia adelante.

El líquido llegó hasta la jeta del tipo lo mismo que el zapato se incrustó en sus genitales.

—¡Aaaaaaaaaaaaaag!

Melody echó a correr, salvando el living en dos zancadas para abrir los ventanales y salir a la terraza, acodándose en la balaustrada procurando llamar la atención, sin estridencias, de otros vecinos que estaban asomados a balcones y similares.

Colosimo, con un terrible escozor en los ojos y su masculinidad atravesada en la garganta, decidió salir como una bala del apartamento.

En la escalera tomaría el tiempo que fuera necesario para reponerse, en evitación de que sus compinches se burlaran de él.

Les diría, con expresión satisfecha:

«La he penetrado... ¡Qué placer!»

De pena, sí.

* * *

Ferdinand Alcaraz abandonó las instalaciones del Kingsbrook Medical Center de Brooklyn, donde había acudido a recoger las radiografías que le hicieran el mismo día del accidente de Manhattan en que, trágicamente, perdiera la vida su jefe, el señor Alberston.

Tenía que llevárselas al especialista.

«¿Para qué? —se preguntó—. Yo no tengo nada.»

Pero le habían dicho que tenía que hacerlo.

Echó escaleras abajo por la boca del subway que se abría frente a la salida del hospital.

Pasó al andén local para aguardar la unidad que debía trasladarle al Richmond.

Alguien se puso a su derecha.

—Hola, Ferdinand. Te ves muy bien a pesar del accidente.

Ladeó la testa, nervioso.

—¿Quién eres tú?

—Me llaman Chad *Sepulturero* Hayden... pero no creo que eso te

diga nada, ¿o sí?

Alcaraz hizo ademán de echar atrás y ponerse a correr. Pero a su izquierda alguien le sujetó con fuerza.

—Quieto, nervioso —habló una voz ominosa—, quieto. Tengo la boca de un revólver metida en tu flanco, ¿la notas?

—Sí, sí... ¿Qué queréis?

—¿No te lo imaginas? —inquirió a su vez el de la pistola.

—¡Por favor...! —lo veía claro ya—, ¡No me tiréis a la vía!

—¡Ferdinand! —exclamó, sádico y burlón, Hayden—. ¿Nos crees de veras capaces de eso? Sterling... ¿tú vas a tirar a la vía antes de que aparezca el subway a este mozaibete?

—Sí...

—¡No! —siguió ironizando aquel canalla a quien apodaban Sepulturero.

—¡Hice lo que me mandaron! —trató de defenderse el chófer de la familia Alberston.

—Claro, claro... —gruñó Sterling McNelly—. Y le hiciste muy bien. Pero ahora quieren asegurarse de que te callas... *bien*. Y la única forma de que estés bien callado es estando muerto, ¿comprendes, Ferdinand?

—No...

—Sí, Ferdinand. Sí...

Se escuchó el trepidar de los raíles anunciando con su retumbar en el andén la inminente llegada de la unidad eléctrica rápida.

—¡Nooooo!

Aunque Chad Hayden le hundió la palma de la diestra en la boca no pudo evitar que el grito surgiera, aunque en parte por la violencia del convoy que ya asomaba por el otro extremo del andén.

Jack Colosimo entró desde atrás en el momento oportuno.

Alcaraz, en el aire, vio el monstruo de hierro avanzando hacia su cuerpo como una exhalación.

El viento que llenó su boca y garganta le impidió lanzar el aullido.

No así a la mujer que contemplaba la escena que gritó, gritó y gritó, hasta desgañitarse.

El motorista, pese a desconectar la toma de corriente y echar aire comprimido a borbotones sobre las zapatas que debían amordazar las ruedas, no pudo impedir, ni mucho menos, que el impacto contra el cuerpo de quien él suponía un suicida fuese brutal.

Demoledor.

Lo envió, como menos, veinte metros por delante, rebotándolo contra la vía desde la que se vino abajo, con impacto sonoro, para ser de nuevo embestido por la primera unidad del convoy, el motor, arrollándolo ahora para reducir huesos y carne a jirones, a cartílagos sanguinolentos que se enredaron con las ruedas.

No era una, eran varias, las mujeres que ahora exteriorizaban su histeria.

Sterling y sus adláteres ya habían volado del andén.

CAPÍTULO PRIMERO

El tipo agitó el cubilete entre la palma y dedos de su diestra, dio con la base de aquél contra el tapete de la mesa, lo giró en el aire y dejó escapar los dados.

—¡Ooh...! —se asombró uno.

—Cuatro ases —dijo el que había realizado la tirada—, que si no me equivoco son veinticuatro al as.

Un negro muy grande con gruesos labios que no llegaban a ocultar por entero sus diáfanos dientes y que parecía ser alguien en el concierto de aquella timba anunció:

—Siempre que vas forzado a ases, sacas cuatro por lo menos, Israel. Yo diría que haces trampas, metomentodo.

Israel Stone, como de metro ochenta y seis él, delgado y fibroso, con movimientos de tigre al acecho con pelo negro brillante cortado al cepillo y ojos penetrantes del mismo color, hizo como que se limpiaba la palma de ambas manos contra el cuero de su chaquetilla.

—No te entiendo bien, negro.

—¡Por favor, Israel! —exclamó Morgan A Secas— ¡No vayamos a liarla!

Le llamaban Morgan A Secas porque nadie, ni por lo visto él, sabía su apellido. Eso le había creado algún que otro problemilla a la hora de pedir documentos o extenderlos, donde los estamentos habían decidido colocarle un apellido muy raro que no gustaba a Morgan. También aquello le había traído fricciones con la bofia, no sólo por lo de A Secas, sino porque le costó mucho comprender que debía andar por el mundo con una carta de identidad que entregar a la poli, cuando éstos se la pidieran.

Las cosas están así y así hay que aceptarlas.

Morgan A Secas decía que era fotógrafo. Además ayudaba a Israel en toda clase de menesteres. Y andaba mal la cosa con Israel y por eso iban a la timba los dos, a buscar una poca de pasta.

La vida era así y no se podía cambiar.

—Has dicho «negro» en plan ofensivo, ¿verdad, Israel?

—Verdad..., negro.

—Ya me tienes los cojones llenos, metomentodo...

—No te caben en la boca, negro. Y vigila con las amenazas porque igual se me hinchan los míos y te tragas la dentadura.

Los demás se apartaron como centellas.

Israel y Frigman (el negro) se quedaron frente a frente aunque separados por la mesa.

El negro sacó una navaja, así como el que no quiere. De aquellas que escupan la hoja luego de hacer ¡«clic»!

La paseó por delante de los ojos de Israel y le dijo:

—Te voy a pinchar, chulo tramposo.

—No sabes lo que dices, negro de mierda.

¡ZAS!

El acero trazó un zigzag delante de la piel de Israel y sólo le salvó la acción fulminante con que se hizo a la izquierda, con quiebro seco de gaznate evitando el pinchazo.

La mesa se fue arriba impulsada por el violento patadón de Israel incrustándose en la jeta del moreno.

—¡Eso no es legal! —gritó uno de los presentes.

—¿Y la navaja sí, chorizo? —preguntó, al tiempo que le daba un codazo al que había hablado, Morgan A Secas.

—¿También tú quieres follón, lameculos?

—¿Lameculos yo...? —Morgan tenía un mosqueo superior—. ¡Ahora vais a ver!

Los tres restantes se fueron por Morgan A Secas pero éste, que lo tenía previsto, les enseñó una pavonada y enorme, ¡pero que muy enorme! Parabellum, con el negro agujero del cañón por delante.

Aclarándoles:

—No tengo licencia para llevarla, pero sí para darle al gatillo. ¿Está claro el asunto, familia? Al primero que dé un paso arriba, ¡por mi madre que lo baleo!

Se quedaron, desde luego, muy quietecitos.

Israel había seguido con la mirada a su antagonista, el cual, como consecuencia del «mesazo» tenía la espalda empotrada contra uno de los mamparos de aquel cubil donde se «burlaba» (2).

Frigman (que ya sabemos que era el negro), tras el violento encontronazo con la pared, se rehízo. Diciéndole a Israel, luego de exhibir por segunda y ostentosa vez la hoja reluciente y acerada, que su madre había sido una de esas mujeres de moral muy relajada que comparten lecho por dinero.

O sea, que le vino a decir que era un hijo de ramera.

El otro oscureció el semblante.

—Deja tranquila a la vieja, negro. Eso no, ¡no, negro!

Frigman pegó un brinco con el acero por delante, tras amagar.

Israel no picó, esperándole a la salida del amago sin faltar. El negro entonces pasó de largo y él sólo tuvo que extender la pierna para que Frigman tropezara, dando con sus porcinos hocicos encima de la madera.

Acto seguido, le pisó el pescuezo.

—¡Aaaay!

—Guarda para cuando no haya.

—¡Me haces daño, cabrito!

—Más te haré, negro, si me sigues insultando.

—¡Por tu madre, Israel...!

—¿No has dicho que era...?

—¡Me retracto, palabra!

—Di que mi madre era mucho mejor que la tuya, negro.

—¡Sí, vale, lo digo...!

—De una forma más clara, negro —Israel se complacía en aquello, burlonamente.

—¡Pero no aprietes más, hombre! ¡Me tienes el tacón metido en la nuez... por favor!

—Quiero oír que era mucho mejor que la tuya, negro.

Frigman gruñía como un cerdo al que acabaran de asestar la puntilla antes de abrirlo en canal.

—¡Vale, vale...! ¡Tu madre era una santa! ¡Tu madre era la mejor madre del mundo!

—No me gusta así. Más despacio, negro. Estos no te han oído bien...

—y le pisó con mayor fuerza.

—¡Me vas...! ¡Me estás ahogando, cabronazo! ¡Israel!

—Soy soltero, negro. Y como escuche otro insulto de tu puerca boca...

—¡Vale, vale... de acuerdo! Eres soltero. Y tu madre... ¡escuchadme bien todos! ¿eh? La madre de éste...

—¿Este...? —inquirió con punzante ironía al tiempo que aumentaba la presión que la suela de su bota ejercía contra el cuello de Frigman

—. ¿Quién es «éste»?

—¡La madre de Israel Stone era una mujer muy honrada!

—¿Lo dices convencido, negro?

—¡Sí...! ¡Por Dios que sí!

—Bien... ¡tú, A Secas, pon la máquina en marcha que yo ya bajo!

Morgan le lanzó la automática por los aires y Stone la recogió al vuelo encañonando el auditorio.

—¿Puede saberse cuándo me vas a sacar el pie de encima?

—Ahora, negro, ahora... Y vosotros, personal, ¡todos a tierra! Con la lengua lamiendo la madera. ¡Vamos, vamos...! ¿A qué esperáis?

Obedecieron y dijo Israel:

—Cuando oigáis el portazo quiero que contéis hasta quinientos treinta y cuatro, ¿eh? Si alguno saca el morro antes... ¡pum, pum, pum! Fiambre. Hablo en serio, pandilla de rufianes. ¡Adiós!

El portazo.

—¿Contamos? —preguntó uno.

—Yo sí... —contestó otro—. Por si acaso.

Morgan tenía la máquina en marcha.

Una preciosa BMW-R 100 de color gris que, como el que no quiere, con sus 980 centímetros cúbicos, podía ponerse a 200 kilómetros por hora en menos de lo que tostaba el contarle.

—¡Siempre la armas, Israel!

—Qué querías, ¿eh? ¿Cuánta pasta te queda en el bolsillo?

—La mitad de golfantes del...

—¡Pon esto en carrera, Morgan! ¿A qué esperas?

La moto salió zumbando del Harlem.

—La mitad de golfantes del barrio se pondrán tras nuestra pista para...

—¡Calla y mira delante, coño! ¿Quieres que nos matemos?

—¿Qué más da? Si no, nos matarán ellos.

—Te dejo por imp... ¡Eh, ten más cuidado! ¿Te parece que eso es manera de tomar las curvas, Morgan?

—¡Quien te entienda que te compre, Israel! ¿No has dicho que corriera?

—Pero dentro de un orden, ¿no?

—¡Jo, macho! Sólo vamos a ciento diez...

—¡Morgan de todos los infiernos! ¡Prefiero que me pinchen todos los chorizos del barrio a la vez!

—O.K. Reduciré. ¿Dónde vamos?

—¿Dónde te parece a ti?

—Por mí a casa, Israel. Pero... ¡Oye!

—Me entra el aire en la boca y casi no puedo hablar... ¿Qué?

—¿Te acuerdas de la rubia, tío?

—Conozco varias, ¿cuál?

—¡Aquella del cabaret! Karen se llama, ¿no?

—Karen, sí. ¿Y...?

—Hombre... La tía estaba loca porque tú le arrimaras marcha. A lo mejor nos echa un cable, ¿no te parece?

—Me... ¡Cuidado con el semáforo, Morgan! ¡Que te lo tragas!

El frenazo fue de órdago y Stone se montó, casi, a la grupa de Morgan A Secas.

—Todo controlado, patrón. Y gracias por el aviso. Decía yo que a lo mejor de tal...

—Olvídalo.

—Como quieras, Israel. A casa entonces.

—Eso —sentenció Stone.

—Eso —admitió de mala gana A Secas.

CAPÍTULO II

Melody estaba recostada en el portal.

Vio cómo ellos bajaban de la moto y gritó:

—¡Morgan...!

Giró la cabeza.

—¿Eh...? ¡Oh, Melody, muchacha! ¿Cómo por aquí?

Israel le dijo por bajines:

—Por qué no me has hablado de ese bombón, ¿eh?

—La conocí en la época que estuve en el *Life*. Es muy dura, colega.

No conseguí meterle mano, ¡lo juro!

Melody se acercó a los dos hombres y Morgan se percató entonces de su estado.

—¡Chica! ¿Qué te ha ocurrido?

—He venido a contártelo. Pero no aquí...

—¿Es que no vas a presentármela, Morgan?

—¡Perdona! Mira, Melody, éste es mi compañero de penurias...

¡Bueno, él es detective!, ¿sabes?

—Pero no me como un rosco, prenda. Israel Stone a tu servicio...

¡Que estás de guapa, Melody!

—¿Siempre entras así, Israel?

—Más o menos, bonita. ¿Quieres subir? Arriba podrás contarle a éste, al fotógrafo, tus problemas.

—No tengo inconveniente en que tú los escuches, Israel.

—Gracias por la confianza.

Subieron al piso que estaba en la planta octava, puerta quinta, del edificio señalado con el número 259 en Skillman Avenue, debajo de Long Island City.

Era pequeño pero cómodo.

Ya en la salita preguntó Stone:

—¿Te apetece un whisky, guapa?

—Sí, me vendrá bien.

—Cuenta, cuenta...

—¡Déjala que se tome el whisky!, ¿no?

Se encogió de hombros A Secas.

Había vuelto Israel del mueble-bar cuando sonó el timbre de la puerta.

—Voy —dijo el detective.

Abrió y se quedó un tanto parado. Era tarde de bellezas.

—Hola —dijo ella—. Tú eres Israel Stone, ¿no?

—Eso dicen, ¿y tú?

—Me llamo Bo Wallace. ¿Me dejas entrar?

—¡Faltaría!

Y se hizo a un lado, precediéndola hasta la salita donde estaban los otros.

—Esta chica se llama Bo Wallace —anunció. Presentando—: Ella es Melody... y eso, mi amigote Morgan. Y ahora que nos conocemos todos, ¿de qué va la película?

Bo, una impresionante trigueña con carrocería de lujo en la que destacaba la firmeza de sus senos, la brevedad de su cintura y la elegante armonía de sus bien trazadas piernas, mostró asombro en la expresión de sus pupilas grisáceas, luminosas, arrugando su preciosa naricilla al objetar

—Quiero hablar contigo a solas, Israel.

—Hecho, hermosa. Pero tendrá que ser en mi dormitorio, ¿eh?

—No me importa.

—Os dejamos, familia.

—Hasta luego y mucho gusto en conoceros —dijo Bo, saliendo tras el detective.

Había desorden en el dormitorio. Calcetines por un lado, zapatos mal apareados, algún calzoncillo, etc.

—Se nota la falta de una mano femenina, ¿verdad? Perdona chica, pero...

—Me hago cargo, Israel —aceptó ella dejándose caer a los pies de la cama. Anunciando como un pretendido «ábrete sésamo»—: Soy la hija de Walter Wallace.

—No tengo el placer de...

—¿No has oído hablar nunca de mi padre, Israel?

Se encogió de hombros.

—No... Y cree que lo siento.

—Es el presidente del consejo de administración y fundador de la National Children's Machines Corporation. Fabrican juguetes.

—¿National Children's...? ¿De qué me suena a mí...?

—Los periódicos han hablado mucho de la firma en las últimas fechas.

—¡Ah, ya caigo! Lo de las muertes... ¡Oye! ¿Y quién te ha mandado a mí?

—Karen Pleshette. Somos muy amigas. Y cuando le conté lo que estaba pasando, me habló de ti.

Israel la miró, sentado junto a ella, con detenimiento.

—¿Y qué te pasa?

—Uvedoble, uvedoble, está en peligro.

—¿Tu padre?

—Sí. ¿Has leído lo de las muertes de Alberston, Dawson y Fosse?

—Algo. Pero por encima.

—¿Te importa que...?

—¡No, no, adelante! Te escucho.

Habló con brevedad y concisión relatando los tres accidentes ocurridos, con el trágico final de tres hombres directamente vinculados desde diferentes óptica a la National Children's Machines Corporation, en los que habían tenido destacado protagonismo tres niños y sus juegos. Los hijos de las víctimas.

Abrió luego el bolso y mostró recortes de periódicos que Stone ojeó.

—Juegos de niños... —dijo en voz baja. Luego—: ¿Por qué supones que está en peligro tu padre?

—Por las muertes de Arthur, Bruce y Gene. Y porque esta mañana le han enviado un paquete conteniendo una bomba.

—¡Sopla! Eso es harina de otro costal. Pero por lo que veo se ha salvado, ¿no?

—El tic tac le ha hecho salir a escape de su despacho...

—Y luego ha volado todo.

—No. La bomba ha fallado. Pero la próxima vez se aseguraran de que eso no suceda. De todas formas papá se encuentra en la Unidad de Cuidados Intensivos del Columbia-Presbyterian Medical Center. Padece del corazón, insuficiencia coronaria... Y el susto le ha puesto al borde de un infarto.

—¿Quién puede querer matarle y por qué?

—Imagino que por la misma razón que a Fosse, Dawson y Alberston.

—¿Das por sentado que se trate de tres crímenes?

—Al menos la policía está efectuando intensas pesquisas, Israel. Y por si fuera poco, Ferdinand Alearaz, chófer de Bruce Alberston que iba con él cuando el accidente de Manhattan... se ha suicidado misteriosamente esta mañana tirándose a la vía del subway. Parece ser que según testigos, lo han empujado.

—Muy confuso todo, Bo.

—Además hay otra cosa, Israel.

—¿Cuál?

—¿Puedo confiar en ti?

—¡Por Dios, Bo! —exclamó él un tanto molesto—. ¿No dices que Karen te ha hablado maravillas de mí? ¿A qué has venido si no?

Se removió ella, nerviosa, encima de la colcha.

—Perdona. Y trata de comprenderme, Israel. Lo sucedido me ha afectado mucho...

—Tranquila, muñeca. ¿De qué se trata?

Abrió otra vez el bolso y tendió al detective una cuartilla doblada,

diciendo:

—Lee esto, por favor. .

Lo hizo.

Decía así:

*Paraíso infantil...
y paraíso de sueños...
paraíso es, de juegos bellos.*

*Mas es siniestro y vil...
el cerebro de los dueños...
que tras los juegos esconden, criminales destellos.*

—Un verdadero jeroglífico —comentó. Añadiendo—: Como veo que es una fotocopia, ¿puedo quedármelo?

—Sí, claro. Papá no sabe que yo... Recibió el mensaje hace tiempo y desde entonces estaba muy extraño. Pese a que ella trató de quitarle importancia y distraerlo...

—¿Ella?

—Capucine, su mujer. Las hembras jóvenes y hermosas siempre han sido una de sus debilidades. En vida de mamá se le contabilizaron mil aventuras a cual más intensa. Capucine fue lista, ¿sabe?

—No. ¿Por qué?

—Se volvió loco de deseo la primera vez que la vio... Hace un año de eso. Pero Capucine le dijo que no le pondría ni un dedo encima si no había matrimonio. Reconozco que es una tía de impacto que sabe montárselo bien, aunque no la trago por supuesto. Es una de esas sudamericanas toda fuego y pasión que sólo piensan en *eso*...

—¿Qué es eso... eso como tú lo pronuncias, claro?

—Cama. Donde estamos nosotros sentados.

—¡Ah, a propósito!

—Nones, Israel. No tengo el cuerpo para jaleo.

—Otro día, ¿eh? —le sonrió el, animándola. Y dijo—: Sigamos con la «sudaca» ({3}) que se acuesta legalmente con tu padre.

—Le quitó importancia a la nota cuando mi padre le comentó que se trataba de una amenaza de muerte.

—¿Cómo lo sabes tú, Bo?

—Me lo comentó Capucine.

—Ya... Así no os lleváis tan mal, ¿eh?

—Guardamos las formas y las distancias.

—¿Qué quieres concretamente que haga yo, Bo Wallace?

—Que averigües quién y por qué, como me preguntabas tú antes, quiere asesinar a mi padre. Doscientos cincuenta al día, más gastos, y cinco mil al término si le salvas la piel a uvedoble, uvedoble. ¿Te vale

un anticipo de mil quinientos?

Estuvo a punto de pegar un brinco.

—¿Mil..., mil quinientos has dicho?

—Vas mal de dinero, ¿eh?

—¡Fatal! Me valen, prenda, me valen. Y cuándo... ¿cuándo tú y yo, ¿eh...?

—Nunca. Entiendo el sexo... digamos de *otra manera*.

—¿Me estás diciendo que tú —Israel estaba más sorprendido ahora que cuando había escuchado hablar de los mil quinientos—, que tú... que a ti te van las tías?

—Eres bastante grosero, Israel —abriendo el bolso por tercera vez le pasó quince billetes de cien. Preguntando—: ¿Cuándo tendrás alguna noticia?

—Permite al menos que ordene mis ideas, ¿no?

—Aquí tienes mi tarjeta. Espero pronto tu llamada.

—Sí...

Bo se puso en pie.

—No hace falta que me acompañes, sé el camino.

—O.K.

—Adiós.

Y la vio salir del dormitorio, haciéndose cruces.

—Si no me lo dice... —murmuró para sí—, ¡ya ves, amigo, ya ves! No puedes fiarte de nadie. ¡Tan hermosa, tan, tan... y tan lesbiana!

Morgan que había escuchado cerrarse la puerta, asomó, diciendo:

—¡Bonito, detective, bonito tú, que recibes a las clientes en la cama!

—Olvidalo. Es de otra galaxia. ¡Ah...! Y tenemos trabajo.

—Más que tendremos cuando oigas lo que me ha contado Melody.

La repórter gráfica asomaba su linda carita pecosa por encima del hombro de A Secas.

—¡Oye, Melody! —exclamó Israel.

—¿Sí...?

—¿Tú no serás...? ¡Déjalo, mona! Creo que me estoy...

—¿Qué es lo que yo no debo ser, Israel?

—Nada, nada. Déjalo. ¿Qué es lo que le has explicado a Morgan?

—Pues que unos hijos de perra le han dado un currito a la pobre que ha sido mucho para su cuerpo.

—¿Por qué?

La propia Melody explicó los hechos desde el principio.

—¡Válgame Cristo, que es para vivirlo y no creerlo!

—¿Qué pasa ahora, metomentodo? —inquirió, abiertos los ojos, Morgan.

—Bo Wallace es la hija de Walter Wallace, al que en casa llaman uvedoble, uvedoble, que a su vez es...

—El presidente del consejo de administración de la Children's

Machines —completó Melody.

—Yes, bonita. ¿Quieres leer esta nota?

La chica recogió la cuartilla y Morgan pasó a su espalda para poder leer también.

—¿Qué opinas tú, Israel? —inquirió la pelirroja.

—Juegos de niños...

—¡Bah! —exclamó Morgan—. Ella te ha preguntado en serio.

—¿Se han llevado el carrito completo, Melody?

—No, no... Ha quedado un pedazo de cliché, como siete fotos, pero no he visto en ellas, después de miraras y remiraras, nada trascendente. Lo que esos tipos buscaban debe de estar en uno de los dos trozos que se han...

—¡Quiero ver ese resto, pequeña!

—Vamos a mi apartamento.

—¡Eso, vamos! —exclamó Morgan.

—Tú, no —dijo Israel.

Puso cara de tonto.

—¿Por qué...?

—¿Cómo has dicho que se llamaban esos matones, Melody?

—Bueno, yo he dicho cómo se nombraban entre ellos, lo cual no quiere decir...

—Menos filosofía —la cortó el pesquisa—, y larga. ¿Nombres?

—Colosimo el que quería... bueno, Colosimo. Sterling el que parecía llevar la voz cantante, y Chad el tercero. A éste le apodan Sepulturero y no sin motivos.

—Date un abierto por ahí, A Secas. Quiero saber pronto dónde podemos dar con esos mendas. ¿Está claro?

—¡Como la noche! De acuerdo. ¿Dónde te hablo?

—Al apartamento de Melody.

—¿Piensas pasarte la noche allí? No olvides que yo la vi primero, ¿eh?

—Pero yo le voy mucho más, compañero.

—¡Mira que sois tontos los dos!, ¿eh?

—En marcha —dijo Israel, alzándose del catre.

Instantes después salían de la casa.

CAPÍTULO III

El, estaba observando el pedazo de negativo al trasluz.

—Melody... —musitó.

—¿Sí, dime?

—¿Podemos ver este cliché, ampliado?

—Por supuesto. Tengo un proyector... ¿Quieres extender tú mismo la pantalla?

—Claro. ¿Dónde está?

—Es aquel pedazo de sábana que cuelga de dos clavos en el fondo —y señalaba con el índice la pared frontera del cuarto de revelado.

—Muy original...

—Puedo cambiarla cuando me apetece, ¿entiendes? Una de las de verdad tiene que durarte la tira para amortizarla, ¿estamos?

—*Okay*. ¡Lo que se perdieron contigo los de hacienda!

—¡Y que lo digas, Israel!

Al darse la vuelta para preparar una el proyector y otro extender laseudopantalla se dieron de frente.

Israel ciñó la cintura de Melody, apretándola contra sí para besar sus jugosos labios con fuerza.

No le pareció mal a la chica porque tras un tímido intento de resistencia se abandonó a disfrutar de la caricia.

—Con el cuento de ir de noble por la vida —jadeó—, ¡te pegas cada lote que no se puede aguantar!, ¿eh?

—Me gustas, ¡palabra!

—Como todas imagino, ¿no?

—Tienes interés en que no sea así, ¿verdad?

—Verdad —sonrió, excitante, Melody. Sincerándose—: Eres un tipo que vas a la primera.

—Gracias... ¿Hubo algo entre tú y Morgan?

Rió suave y exclamó:

—¡Por favor...! Es un buen chico y punto. Lo traté a fondo en el poco tiempo que estuvo en *Life* y me pareció legal. Sé que se enamoró de mí y me apresuré a desengañarlo. Lo entendió bien y fuimos muy buenos amigos. Por eso hoy, cuando no sabía a quién acudir con mi problema, me he acordado de él. ¿Hubiera cambiado algo de haber habido relación entre Morgan y yo?

—¿Quién soy yo para pedirte cuenta de tus actos, pequeña? Ha sido

una simple pregunta.

—¿Por qué sois los hombres tan arrogantes, personales y posesivos?

—¡Qué sé yo, muñeca! Me gustas, Melody. Y te deseo, ¿para qué engañamos?

—No ahora, Israel. Por favor.

—Entiendo. Lo de esta mañana te ha afectado. ¿Vemos ese cliché?

—Vale.

Lo vieron.

—No hay nada de particular, ¿eh? —comentó la chica, mientras pasaba el negativo por el proyector.

Israel se mantuvo en silencio. Hasta exclamar:

—¡Quieta...! Vuelve atrás...

—Sí... ¿Qué ves?

—Ese debe ser el coche de Alberston, ¿no?

—Sí. El Vector Twin-Turbo W-2. ¿Por...?

—Es el propio Bruce Alberston quién conduce. ¿Puedes ampliar más?

—Creo que sí... Ahora está a tope.

—Observa la mano del chófer, la zurda. Está en lo alto...

—A consecuencia del choque, ¿no?

—¡No! —negó, exaltado, Stone. Añadiendo—: ¡Acaba de golpear la nuca de Alberston, proyectándolo contra el parabrisas. Fíjate bien, Melody.

Ella avanzó la cabeza por delante de Israel, aguzando las pupilas.

—Puede que... ¡Sí, sí, tienes razón!

—Pasa la siguiente foto, la otra también y detente en la tercera ampliando al máximo.

Lo hizo.

—Esta vez sí que no veo nada de extraño.

—La mano izquierda de Ferdinand Alcaraz, observa... ¿Ves ese papel blanco que sujeta con la yema de los dedos?

—A ver... ¡sí! Es cierto. ¿Qué puede ser?

—La nota que le enviaron con esa extraña poesía. Y es la clave, no lo dudes.

—Como si me hablaras en griego, Israel.

—Quiero decir que interpretando adecuadamente el mensaje que contienen esos párrafos poéticos, está la solución. Pero no tengo ni idea... Tendré que ir directamente por uvedoble, uvedoble.

—¿No ha dicho Bo que está en el hospital?

—Me da igual. Puede que me dé una vuelta esta misma noche. Como tú no...

—He cambiado de opinión, Israel —dijo, aplastándose contra él para hacerle sentir el dulce y bilicoso contacto de sus pechos firmes, no exagerados, pero suficientes.

Giró para estrecharla de nuevo y buscar aquella boca que parecía una fruta fresca, madura y tropical.

—¡Ah... —suspiró él, después—, tienes unos labios de locura!

—¿Crees que es lógico esto, Israel?

—¿Por qué no había de serlo, Melody? Pasaron ya a la historia aquellos tiempos en que para enamorarse una pareja necesitaba tres años para mirarse otros tres para insinuarse y un séptimo para que él, embriagado de amor, exclamara frente al éxtasis estrábico de ella... ¡oh, Segismunda mía, te adoro!

—¡Andaaa, «exagerao»!

—¿Te apetece de veras, Melody? Soy bruto pero sensato. Y sé esperar...

—No me lo hagas más difícil, ¿quieres? ¿Te importa que yo marque la pauta... o tu exacerbado concepto del machismo no te lo permite?

—Estás en tu casa... ¡Oye!

—¿Qué pasa ahora, tarzán?

—El cliché. Destruýelo.

—¿Destruirlo? —se sorprendió la bellísima pelirroja.

—Yes, prenda. Alcaraz está muerto, y este negativo sólo acusa a Alcaraz y no a quien le dio las órdenes.

—Entiendo... ¡Pero! ¿Y si te sirve para presionar a alguien?

—¡Ca! No hay a quién presionar, Melody. En este asunto hay que ir recto al grano. Walter Wallace debe saber quién le amenaza y por qué. Como sabe la causa de las muertes de sus subalternos, de esos accidentes infantiles y tan sofisticados. Yo siempre voy a lo práctico, ¿sabes? Por eso me muero de hambre. A la gente le van los detectives complicados, de película, que luego largan minutas que cuestan un huevo.

—Eres inteligente y deductivo sin embargo.

—Práctico, insisto. Uvedoble, uvedoble, sabe de qué va la película pero no quiere soltar prenda porque seguramente sería su ruina. Prefiere correr el riesgo de que se lo «cepillen» a que su imperio se vaya al carajo. No podría comprarle modelitos y joyas a la «sudaca» que se lo come en la cama. Pero yo le haré escupir, ¡veras!

Tras una pausa, exclamó, alterado!

—¡Eh...! ¿Has oído eso?

—No... ¿A qué te refieres?

—Un ruido... Ven —tiró de ella afuera y ya en el living, con una seña, le impuso silencio. Dijo—: Es en la puerta, prenda. Alguien está forzando, sigilosamente, la cerradura.

—¿Estás seguro?

—¡Por completo! ¡Vamos, nena, métete en la cama y hazte la dormida!

—¡Pero...! —inició ella una tímida protesta.

Israel la empujó hacia el dormitorio cuya puerta, como la del cuarto de revelado, se abría al living.

—¡Venga, venga, haz lo que digo!

—Está bien, está bien...

* * *

—¿Estás seguro de que duerme, Sterling?

Habían vuelto, tras comprobar que no estaba completo, a por el resto del negativo.

Pero sólo dos, ahora.

—Por completo, Chad. ¿No escuchas su acompasada respiración?

—Sí...

—Debe ser aquella puerta —señaló, la correspondiente, Sterling McNelly. .

—¿Abro yo?

—Sí, Chad. Despacio... Con cuidado.

Chad *Sepulturero* Hayden empujó, lentamente, la hoja de madera.

—¡Si la viera ahora Colosimo! —no pudo por menos que exclamar Sterling, señalando el cuerpo de Melody, en forma de «4» apetitoso, sobre la cama. Puntualizando—: Es que apetece, ¿eh?

—¡Digo! Como que me parece que seré yo quien esta vez... ¿eh?

—Primero el cliché, paisano. Luego el placer. ¿Qué te parece por turnos?

—Bien —sonrió Chad, mostrando sus dientes amarillentos—. Me vale.

El trallazo violento, demoledor, que de súbito estalló en la nuca del que apodaban *Sepulturero*, le hizo creer que el fin del mundo había llegado. Sus ojos caparon visiones de otras galaxias con multitud de estrellas polícromas que se encendían y apagaban como enormes semáforos del universo.

La cara le explotó en el suelo sin que su garganta tuviera tiempo de gestar un gemido que enviar al aire a través de sus labios.

El topetazo hizo brincar al otro.

—Chad... ¡Pero! ¿Qué ha suced...?

Se tragó el «ido».

Porque un puño muy grande, gigantesco, se le metió en la boca del estómago cortándole el aire, causando un violento impacto y alzándolo como medio metro del suelo, para sentarlo, casi, encima de la mesa del living derribando el búcaro que estaba en el centro.

Dio un par de vueltas y acabó, luego, rodando en tierra.

Israel, que lo ataba corto, le puso la bota, puntera por delante, en el costado primero y luego, tras saltar por encima del ovillo de carne al otro lado, en el hígado.

Sterling McNelly, aulló.

—¿Sigo...?

Gorgoteaba porque las palabras se le atropellaban en los labios pugnando todas por salir a la vez.

Logró articular:

—¡Nooo! ¡No siga, por piedad!

—¿Piedad... —recordaba el pesquiza lo que Melody contaba que le hicieron aquellos mendas—, hablas tú de piedad? ¡Toma!

Punterazo, ahora, en un lateral del cuello.

Sterling escupió sangre.

—¡Bas...sta!

—¿Para quién trabajas, asesino de mierda?

—No...

Otra patada al cuello y más sangre de boca al suelo.

—Vas a ensuciar el mosaico con tu puerca sangre, chaval. ¿Quién te paga por esas guarradas que haces?

—¡Me mat... mataran!

—¡Jo, macho! ¿Y qué piensas que voy a hacer yo? ¿Canonizarte? Venga, entérate. Quiero respuestas concretas o te masacro.

Y para que estuviese seguro de que la cosa iba en serio, le aplicó la bota a la frente. Sterling creyó que la cabeza le había reventado.

Farfulló frases atropelladas todas a medias, sangre de nuevo, saliva... Una verdadera porquería.

—No entiendo lo que dices, perro.

—¡*Primitivo*... Urzaiz!

—¿Quien es *Primitivo* Urzaiz?

—El que... —echaba sangre a ráfagas y en tupidos borbotones, que le impedían largar. Hizo un esfuerzo—: El que nos ha pagado por quitarle a la chica el negativo de... del accidente. Ella echó unas fotos. La vieron... No sé más.

—¿Te suena el nombre de Ferdinand Alcaraz?

No se molestó en negarlo y sí exteriorizó su sorpresa, con torpe dificultad, preguntándole:

—¿Cóm...o, cómo sab...e eso, quién...?

—Mi espejito mágico. El mismo que me dice cada mañana que soy el más guapo de Nueva York. ¿Qué fechoría más os ha encargado Primitivo?

Jadeaba como si fuera a morirse.

—Ning...

—Entiendo. Ahorra energías y dime dónde saludo al señor Primitivo, ¿eh?

—En el club de Risch.

—¿Risch...? Aclara.

—John Risch... tiene un club nocturno. Gente bien... Juego,

prostitución, drogas.

—¡Ya! La *jet society* de Manhattan. ¿Cómo se llama eso y dónde está?

—Páramo Sangrante...

Israel Stone pensó que le acababan de propinar un aldabonazo en el cogote. Páramo Sangrante era el cabaret propiedad de Karen Pleshette... Y aquel asesino decía que...

—¿Estás seguro de que el lugar es de Risch?

—Sí... Tiene una chavala de tapadera pero manda él. ¡Lo juro!

—Vale... ¿Prefieres la poli o un baño en el Hudson?

—¡No me mat...e, se lo he dich...o todo!

—La bofia no mata, encierra. En el río puede que te ahogues, sí.

Chad comenzaba a removerse en tierra justo cuando Melody, nerviosa, asomaba. Y dijo:

—Son los de esta mañana. Pero falta Colosimo.

—¿Pensabas que iba a volver después de lo que le has hecho? —ironizó Israel. Y sin dar tiempo a que ella hiciera comentario, dijo—: Ayúdame a empaquetarlos. Una sábana vieja servirá. Rásgala a tiras...

—¿Qué piensas hacer con ellos?

—Llevárselos a los fieles servidores de la ley y el orden. ¿Tienes tu Volkswagen a mano?

—Abajo, en el parking.

—¿Llega el ascensor hasta allí?

—Sí...

—Perfecto. Manos a la obra pues.

Media hora más tarde, Chad *Sepulturero* Hayden y Sterling McNelly, convenientemente atados y amordazados, quedaban en tierra a unos treinta metros de uno de los recintos policiales del Bronx.

—¿Y ahora? —quiso saber Melody, al volante del rápido utilitario de fabricación alemana.

Israel, como si no la hubiese oído, pensó en voz alta:

—¡Se lleva uno cada sorpresa en la vida!

—¿Por...?

—Bo es amiga de Karen y ésta anda liada con un tipo que tiene que ver con el tinglado, por eso le ha dicho a la hija de uvedoble, uvedoble, que viniese a mí...

—No entiendo, Israel. Ni una palabra.

—Karen y el tipo contaban con que yo iría a verla para hablarle del asunto y su recomendada. De no hacerlo, ella me hubiera llamado a mí, interesándose por mis progresos, etc... Esa pandilla lo tienen todo controlado. ¡Ya me extrañaba a mí! Yo que no me como un oseo, y de pronto... ¡Mierda de vida!

—¿Cambia eso tus planes?

—Los beneficia. Y sigo opinando que primero debo ver a Walter

Wallace.

—No te dejarán.

—Hasta que no lo intente no sabré si estás en lo cierto, ¿te parece?

—Si tú lo dices... ¿Cuál es ese hospital, pesquiza?

—Columbia-Presbyterian Medical Center, en Manhattan. Vamos allá, prenda. ¿Recuerdas que tú y yo tenemos *algo*... pendiente?

—O.K.

Nada dijo él y se ensimismó en sus pensamientos como si ahora, en realidad, no le importase demasiado aquel *algo* pendiente entrambos.

Melody, atenta a la cinta de asfalto, conducía hábilmente por las casi desérticas calles de la ya cerrada noche neoyorquina.

—¡Aparca por ahí! —exclamó, de pronto, él.

Asombrada, obedeció.

—¿Qué pasa ahora, Israel?

—Verás... —se mordía el labio inferior al tiempo que de un bolsillo de la chaquetilla de cuero extrajo la cuartilla que le diera Bo Wallace. Tras leerla y releerla, musitando y musitando: «*que tras los juegos esconden, criminales destellos*», dijo—: Melody... ¿estás al corriente de cómo se produjeron esas tres muertes?

—Sí... ¿No te lo ha contado con detalle, Bo?

—Repítemelo, por favor.

Encogiéndose de hombros, murmuró:

—Eres el tipo más desconcertante que he conocido en mi vida. Está bien...

Le hizo una amplia exposición de lo que habían publicado los periódicos con respecto a las trágicas y accidentales muertes de Bruce Alberston —de la que ella fuera prácticamente testigo—, Arthur Dawson y Gene Fosse.

Al término y como si no la hubiese escuchado aunque no se había perdido ni una sílaba, Israel, mascaba como si de un chicle se tratara:

—Juegos de niños... «*Paraíso es de juegos bellos*» —una pausa y—: «*Mas es siniestro y es vil...*» —se interrumpió en seco, preguntando como si no lo supiera—: Los juguetes..., los juegos, han causado la muerte de esos tres hombres, ¿verdad?

—¡Por Dios, Israel! ¿Es que quieres volverme loca?

—¿Cómo llamarías tú a un juguete que mata?

—No te entiendo, Israel, ¡palabra!

—Como diría un fiscal en un juicio tras la protesta del defensor, formularé la pregunta de otra manera, ¿con qué se suele matar normalmente?

—Con un arma —le salió de un tirón a la bellísima Melody Saint-James.

—Tú lo has dicho, prenda... —y matizó, enfático—: *con un ARMA*. Esa es la palabra: ARMA.

- ¡Eres un crucigrama viviente! ¿Quieres hablar lógicamente?
 - Arma, claro... *arma*.
 - ¡Israel Stone! ¿Me lo explicas o me to cuentas?
 - No ahora, prenda. Sería demasiado largo. Y quizá esté equivocado.
 - No eres de los que se suelen equivocar. Habla...
 - En su momento, pequeña. ¿Me llevas a ese hospital o tengo que coger un taxi?
- Melody Saint-James tenía su bella carita pecosa encendida como un brasero.
- ¡Brrrr...! De acuerdo.
 - Buena chica. Algún día me casaré contigo.

CAPÍTULO IV

—¡Ni hablar! —exclamó la enfermera jefe de guardia. Puntualizando con voz agria y disonante—: El doctor Kennedy ha prohibido terminantemente todas las visitas.

—¿Kennedy... dice? ¿No lo asesinaron en Dallas?

—Su sentido del humor es pésimo, caballero. Fue a John Fitzgerald Kennedy.

Israel se pegó un manotazo en la frente.

—¡Toma...! Pues hasta tiene razón. Y no vaya a creerse que bromeo en cosas tan serias. Lo que pasa es que soy un despistado. Mire, enfermera, como usted es lo que se dice un «callo» y me juego lo que tengo de hombre que nadie le dice nunca «por ahí te pudras», juro hacer un esfuerzo y... usted y yo... ¿eh, me comprende?

—¡Golfo! ¿Con... usted? ¡Ni borracha!

—Pues te irás al otro barrio sin enterarte de qué va la película. Una mujer no puede permitirse el lujo de ser fea y mojigata, ¿comprendes? Si vas haciéndote la estrecha con esa cara que tienes...

—¡Llamaré ahora mismo al médico de servicio!

—Eso quería, cardo borriquero. Pero si te lo hubiese pedido bien me habrías dicho que no. ¿Ves a lo que me has obligado? ¡Ah, y además, te quedas sin...!

—¡Despreciable... eres repugnante!

—A pelo dicen las chicas que estoy de puta madre, ¿te lo crees, viejales?

La enfermera jefe de guardia estaba al borde de la apoplejía.

—¡Cínico! ¡A la policía llamaré también! ¡Ya lo verás!

Se había abierto la puerta de los servicios ubicados cerca del vestíbulo, en el pasillo que ya se internaba hacia adentro del hospital, saliendo de ella una mujer de fábula que medio se cubría con un batín de flores, rosado, del que escapaba parte de sus pechos voluptuosos, tórridos, excitantes y todos los adjetivos que se quieran.

Como escuchaba las voces acudió a recepción, inquirendo:

—¿Le ocurre algo, señorita Sharp?

—¿Ocurrirme..., ocurrirme dice, señora Wallace?

—¡Hombre! Esto sí que es lo que yo llamo casualidad... —miró a la explosiva hembra, sexualmente brutal, deseosa y deseable, sudamericana por los cuatro puntos cardinales de su abrupta orografía

que la bata destacaba, insinuaba al máximo y silueta— . Así que tú eres Capucine, ¿eh?

Los enormes ojazos perla que vivían en las órbitas chinescas, oblicuamente puntiagudas, de la bella, se abrieron mostrando todo el raudal de su luz.

Después movió aquellas presas de chocolate agrietadas que eran sus labios tropicales, húmedos, que gritaban mil promesas y deseos, inquirendo con voz pastosa en la que como en viñeta de un comic erótico se dibujaba una cama y el cuerpo de ella, pleno, sugerente, vital, desnudo... Preguntaba:

—¿Me conoces?

—No... Si yo te hubiera conocido... En fin... Conozco a tu hijastra.

—¿Bo...?

—Sí. Es mi cliente.

—Te habrá hablado mal de mí, ¿no?

—Dice que te lo montas bien en el catre y que tienes enchochado al viejo. Por lo demás...

—Zorra...

Eleonora Sharp —hasta el nombrecito se las traía—, muy de guardia ella en recepción de urgencias, muy sorprendida también frente al diálogo abierto y procaz que tan súbita súbitamente entablaran la señora Wallace y el grosero desconocido, no sabía, en verdad, a qué carta quedarse.

—Tampoco es eso, Capucine. ¿Qué tal está el viejo, cosita sabrosa?

—Mal. ¿Por qué?

—Quiero hablar con él.

—Imposible... ¿Dices que Bo es tu cliente? ¿A qué te dedicas?

—Logística sexual. Convierto a los desviados, ¿entiendes?

Estalló ella en carcajadas —impropias de quien tenía a su marido muriéndose— y sus pechos voluptuosos tremolaron estallando con tal desnudez, con la misma que las carcajadas, que la señorita Sharp estuvo en un tris de santiguarse.

¡Y es que el pecado y la impudicia moraban por doquier!

—Y qué haces con los que van por el buen camino, ¿eh?

—Los... ¿estimulo, te parece bien la palabra estimulo? Pues eso, los animo a que sigan por la senda del bien. Tengo que hablar con tu marido.

—No. Tiene oxígeno puesto.

—¡Vaya! ¿Y contigo?

—Estamos hablando, ¿no?

—Sin auditorio.

—¡Ah... —miró con burla al careto de guardia—, entiendo! ¿Lo dices por la señorita Sharp?

—Es que no le caigo bien. Le he hecho proposiciones deshonestas una sola vez y su mojigatería precisa de seis, o siete, para rendirse. Antes era así, ¿verdad, viejales?

Echó mano del teléfono de la centralita.

—¡Quieta, Eleonora! —estalló la explosiva hembra sudamericana. Matizando—: No olvide que mi marido es uno de los accionistas de acá, ¿eh? Míreme como a su... patrona, ¿comprende?

Dejó el teléfono y Capucine le dijo al detective:

—Ven, por favor.

—Y sin favor, prenda. Contigo al infierno con los ojos vendados. Aunque tú ardes más que las calderas de...

Ni caso, ella.

Dio la vuelta, precediéndole, con ondulante siseo en el interior de la bata de aquel mundo extraño y paradisiaco que era su cuerpo infernal, candente, lúbrico hasta el delirio, haciendo rotar como un caleidoscopio sexual el compendio abrasivo y abrasante de sus nalgas tórridas que parecían desprenderse, primero una y luego la otra, a cada giro.

Capucine era mujer de cama.

Para estar siempre con ella en la cama.

Uvedoble, uvedoble, entre su insuficiencia coronaria, los atentados, y la beligerancia de Capucine, estaba condenado a criar malvas con brevedad.

¡Loco, tenía que volverse el tío cuando le colocara un pecho en cada oreja!

«Cualquiera, cualquiera...», pensó Israel.

Pasaron a una habitación que debía ser sala de curas y donde ella se movió, como le dijera al caricato de urgencias, cual si fuese la patrona.

Había una mesa y un par de sillas. Dejó ir su culo de fábula en una de ellas invitando al hombre a que hiciera lo propio, suplicantes sus febriles ojos, brillando de lujuria.

Se lo comía. Capucine se estaba comiendo a Israel con la mirada, los gestos y las insinuaciones.

Era de cama, sí. Y de locura, también.

—¿Cómo te llamas?

—Israel Stone. Pero las tías me llaman cada una como quiere, ¿entiendes?

—Triunfas con nosotras, ¿eh?

—Eso no se pregunta, pechos de locura. Nunca había visto un par...

—Eres detective privado, ¿no? —y agregó, dando por sentado que lo era y sin aguardar la respuesta—: ¿Te ha dado ella la nota, cierto?

—Parece que las dos estéis de acuerdo...

—En lo de salvar el pellejo de uvedoble, uvedoble, sí. Aunque por

diferentes razones, claro.

—La tuya es la pasta, «sudaca», ¿no? Pero algo te dejará en el testamento si «casca», ¡digo yo!

—No me llames, «sudaca», ¿quieres? Soy una mujer ambiciosa...

Israel arqueó las cejas fingiendo sorpresa. Con los ojos muy abiertos, exclamó, interrogante:

—¿De veras...? ¡Nunca lo hubiera dicho!

—Sobra el vacilón, pesquisa. Sabes de qué te hablo y por qué. He pasado muchos años de hambre, me he metido en la cama con cuatro hijos de puta por un bocadillo, y ahora, ahora... ¡quiero que esto dure!, ¿en tiendes? A tope. Quiero ir al máximo. Si el viejo se muere me dejará bastante pero tendré que repartir el resto. Mientras él viva, la manejo toda. El, hace lo que a mí me da la real gana. ¿Estamos?

—Me gusta tu franqueza, Capucine. ¿Te lo montas igual de sano en...? Ya me captas, ¿no? Podrías hacer me una pequeña... ¿eh?

—Luego. Tengo una habitación con cama y todo lo necesario. Allí... ¿Qué querías preguntarle a Wallace?

—Cama... Te lo propongo y aceptas. ¿Así de fácil?

—¿Por qué complicarlo? Es natural... ¿no? Te voy... me vas... Cuando un fulano como tú me apetece, lo paso por las sábanas y luego me olvido de él.

—Tus virtudes morales y tu castidad sin límites me hacen sentirme San Francisco de Asís. ¿Decías...? ¡Ah... sí! Preguntarle... ¿Quién y por qué le amenaza de muerte? Eso... Bo está preocupada.

—¡Toma... y yo! Pero uvedoble, uvedoble, no tiene ni idea.

—Sí la tiene, Capucine.

—¡Vaya...! ¡El pesquisa nos ha salido zahorí! ¿Es que lees también el porvenir?

—No... Pero leo extrañas filosofías poéticas y las interpreto sin apenas tener base. Walter Wallace, que sí tiene esa base, las habrá interpretado con mayor concreción que yo y sabrá... *sabe perfectamente quién y por qué desea matarle*. ¿Quieres sugerirle al facultativo de guardia que le quite el oxígeno cinco minutitos tan sólo?

—Te he dicho que no quiero que la diñe, detective. Y te insisto en que no sabe el porqué. Nada.

—¡Joder que eres obstinada, cosita tropical! Ya hay tres muertos... ¿es que no te enteras, «sudaca»?

—Vuelve a llamarme «sudaca» y te pongo tu hombría por sombrero. ¡Puaf! —Capucine, congestionada, estaba cabreadísima ahora.

—Perdona —sonrió, conciliador, Israel. Insistiendo—: He dicho tres muertos. Y van por él que será el cuarto. Y aún no entiendo cómo tardan tanto en ventilar a...

—Ha fallado la bomba. Si no, ya estaría en el otro barrio.

—Y tú, partiéndote el jornal con la familia. ¡Vaya jodienda!, ¿eh? Si me echas un cable igual le salvo el pellejo a tu vieja gallina de los huevos de oro... ¿Pactamos?

—¿Es que no comprendes que no puedo?

—Entonces, ¿me pasas ya por las sábanas?

Se abrió la puerta en aquel momento y apareció un tipo con indumentaria blanca y cara de médico de guardia.

—¿Quién es usted? —miraba, y lo miraba de muy mala manera, a Israel—. ¿Qué hace aquí?

—Es un amigo de la familia —terció al punto Capucine—, doctor. Y tiene mucho interés en hablar con mi marido. ¿Podría...?

—¡Por Dios, señora Wallace! Eso es imposible y usted lo sabe. ¿Se hace responsable de la presencia de este..., de este señor, en el hospital?

—Sí.

—Bien. Buenas noches, señora.

—Buenas noches, doctor.

—¡Adiós, amable doctor! —se burló Israel.

—Vas dando la nota por todas partes, ¿no?

—No...

Permitió que se abriera la bata Rara que él viese todo lo mucho, lo generosamente exhaustivo, ardiente, que ella podía ofrecerle. Cortaba, de veras, la respiración.

Sus pechos, como erectas bolas candentes, achocolatados, de rígidos y excitantes pezoncitos... eran obsesivos.

De saborear hasta el éxtasis. De morir en ellos.

Israel hizo un escorzo mental, difícil en aquellas circunstancias cuando ya todo se tornaba borroso y un sopor dulzón mecía las sienes produciendo un agradable mareo, para acordarse de Melody.

Afuera. Esperando. Mientras él...

Hubiera sido demasiada jeta. Demasiada. Él era un cara, desde luego, pero no tenía estómago para tanto. No valía para hacer semejante putada.

Se puso en pie.

—Otro día, cachonda. Cuando hagas porque hable con el viejo.

—¡Cerdo!

—En tus morros me suena a halago.

—¡Espera...! —vio que él se largaba hacia la puerta por la que poco ha metiera el rostro el médico—. Espera... —repitió, más quedo ahora, pero palpitando igual de deprisa sus pechos tentadores—. Es algo relacionado con la fábrica. Eso me dijo Walter refiriéndose a la nota y los asesinatos.

—¿Admitía como asesinatos las muertes de Alberston, Dawson y Fosse?

—Sí...

—¿Qué más te dijo?

—Habló de unas patentes o algo por el estilo. Hay otra empresa, la Exit Boy's y C.º que supone hubieron ciertas filtraciones en unos planos que le permitieron a la Children's Machines lanzar al mercado, con ligeras variaciones sobre el original, un juguete electrónico que ellos se disponían a patentar. Klaus von Bergman juró en la cara de uvedoble, uvedoble, que se vengaría.

—¿Quién es el alemán?

—El propietario de la Exit Boy's y C.º Ingeniero electrónico. Hijo de un exilado nazi que se vino acá tras la caída del Reich y que fue bien recibido, según me han contado, porque era íntimo de Wemer von Braun.

—Estoy seguro de que la historia no es ésa.

—¿Qué insinúas...? ¿Qué quieres decir?

—Que el Hitler de los juguetes no tiene que ver con las poesías. Los alemanes son menos sofisticados. Más directos... ¿Recuerdas Polonia, has oído hablar de ella? Y de los judíos, ¿eh? No, no, no es Von Bergman. Es otra cosa muy distinta.

—¿Qué cosa, pesquisa?

Israel hizo una pausa, extensa, demasiado quizá, que hasta pareció intencionada.

Largó de repente:

—Armas, tía... Armas.

Escuchó, justo entonces, un siseo a su espalda.

Se tiró violento contra Capucine llevándola con él a tierra, tras doblar ambos por encima de la mesa, en el preciso instante que alguien, detrás, junto a la puerta, decidía brindar con champagne.

Descorriendo dos botellas.

¡Ploc! ¡Ploc!

Seguro de que la hembra quedaba a cubierto de todo riesgo, Israel, con los pies, alzó una de las sillas metálicas proyectándola como un obús contra la puerta.

Hubo impacto en algo y alguien gritó, al tiempo que pretendía brindar de nuevo con espumosas burbujas.

¡Ploc!

—¡Nos van a matar, Israel...!

—No, cosita linda. No...

Ya empuñaba un 38 al que le hizo vomitar plomo sin silenciador ni puñetas.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

El agresor había hurtado su cuerpo cerrando con un violento portazo.

Israel, en uso y abuso de sus portentosas facultades físicas, se fue

arriba para correr tras el asesino.

En los pasillos, como consecuencia de los disparos, reinaba un caos más que regular.

Stone tropezó con enfermeras, algún que otro paciente de aquellos que se pasaban el día sobando y luego de noche velaban, un médico, un camillero que subía con un carro vacío... y captó la silueta del agresor girando al fondo, a la izquierda.

Voló, asomando al lugar.

Vio el letrero: Emergency Exit.

Se había largado por allí el cabrón de mierda.

Ya en la calle pudo distinguir la silueta del que huía, buscando perderse en la oscuridad.

Zigzagueaba para no ser blanco de los posibles disparos del detective.

El coche, de pronto, se le vino de cara al que volaba.

Un vehículo negro, silencioso, que con las luces apagadas había permanecido aparcado en las tinieblas.

El acelerón del motor fue violento.

Israel entendió lo que iba a suceder lamentando la imposibilidad física de hacer algo por evitarlo.

La luz de unos fluorescentes escupió pinceladas de claridad opaca sobre la carrocería del coche que ahora, como un rayo demoledor, embestía al que iba corriendo por la calzada.

Se trataba de un Mercury Capri GS cuyo morro se llevó por los aires al frustrado asesino de Israel Stone y Capucine, para tener certeza de ya no podría decir ni por qué ni cómo ni cuándo.

Ley del silencio.

Los del hampa la aplicaban sin piedad si así lo exigían las circunstancias.

Melody había saltado a tierra, dejando atrás el Volkswagen, al ver a Israel.

—¡Quieta..., quieta ahí, muchacha! ¡Al suelo!

El detective había hecho lo propio pero en mitad de la calzada. Con el codo derecho afincado en tierra, con fuerza, y la mano zurda aferrada como un garfio en torno a la muñeca diestra, cuyos dedos, fijos y firmes, se cerraban en derredor de culata y gatillo del 38.

Apretó aquél...

¡Bang!

Y dos veces más.

¡Bang! ¡Bang!

Le metió al neumático delantero izquierdo dos plomos casi por la misma perforación y el vehículo hizo una amplia «s», mortal a la velocidad que venía lanzado, yendo a estrellarse como diez metros por debajo del hospital contra un edificio en construcción.

Melody había acudido junto al cadáver del tipo que el coche se llevara por delante en la mortal embestida.

—¡Es Colosimo... Israel! —gritó al reconocerlo, pues se hallaba de cara al cielo—. ¡Jack Colosimo!

Asomaba mucha gente por la puerta principal del centro médico por lo que, Stone, le hizo señas de que se metiese en el Volkswagen y fuera a recogerlo. Entretanto, el detective, alcanzó las inmediaciones del Mercury, cerciorándose —un significativo hilillo se sangre le manaba por la sien y la comisura de los labios al individuo— de que el conductor estaba muerto.

Forzó la portezuela que había quedado atrancada con el topetazo para hacerse con los documentos del menda.

Le echó un vistazo al permiso de conducir: Dee Strasberg. Aquello y nada, lo mismo.

Llegó Melody, abriendo la puerta para que él pegase un brinco y cayera dentro del utilitario alemán.

—¡Larguémonos de aquí, bonita!

—O.K. —y le pegó un pisotón al pedal del gas, que fue demasiado. Preguntando, al tiempo que embragaba para cambiar—: ¿Adónde ahora?

—Páramo Sangrante... 1345 de Cronston Avenue, en Belle Harbour. Tienes que ir a South Brooklyn para buscar el Marine Parkway Bridge.

Melody Saint-James asintió en silencio.

CAPÍTULO V

Introdujo, con habilidad, el coche, en una de las marcas de la zona de parking que se abría frente al club nocturno.

Se apearon ambos.

—Tú te quedas, prenda.

—¡Oye...! ¿Pero es que voy de comparsa?

—Más o menos. Melody... ¿no lo entiendes? No quiero que corras riesgos innecesarios. Lo que te pasó esta mañana y lo del hospital es un aviso de que esta gentuza no se andan con puñetas. Ahí, quizá, me están esperando. Porque Colosimo, en el Columbia-Presbyterian Medical Center, iba por mí.

—O por Capucine. O a rematar a uvedoble, uvedoble...

—No.

—¡Tú ganas, para variar! —se enfadó la repórter gráfica del *Life*.

Alguien salió, de pronto, corriendo hacia ellos desde un punto de la oscuridad.

Y gritaba:

—¡Eh, Melody! ¡Israel...! ¡Soy yo!

Era Morgan A Secas.

—¡Hombre! —exclamó el detective—. Ni me acordaba de que existieras.

—¡Ya...!

—¿Qué haces por aquí, golfante?

—Esperando a que aparezcan Sterling y su troupe. He conseguido averiguar que suelen...

—Olvidalo.

—¿Qué...? —Morgan estaba, de veras, confundido. Y posiblemente mosca por las muchas horas que Israel había pasado, a solas, con Melody. Gritó—: ¡No me has dicho que...!

—Cuéntaselo, Melody.

Lo hizo.

—¡Ah...! ¿Entonces?

Israel expuso un breve resumen de lo sucedido posteriormente dentro y fuera del centro médico.

—¡La cosa está que arde, metomentodo! ¿Qué hacemos pues?

—Tú, quedarte aquí con ella. Pero ojo, ¿eh? Me consta que le voy y ella a mí... Dentro de veinte minutos, exactamente, coges el canuto y

pegas un telefonazo preguntando por el señor Urzaiz. Dices que es algo grave, un asunto muy importante... Luego entras.

—De acuerdo.

Israel besó la puntita de la nariz de Melody alejándose acto seguido hacia la entrada del cabaret, rutilantemente iluminada con parpadeo de neones multicolores.

—Buenas noches, señor —le saludó el portero.

—Hola...

Dejó atrás el guardarropía pasando a la sala central donde una orquesta estaba atacando los compases de una dulce composición de Colé Porter.

Se le acercó el *maître*.

—El señor desea... ¡Oh, pero si es Israel Stone! Perdona, hombre, no te había conocido!

—Es que esto cada noche está más oscuro, Mathias. ¿Para qué? ¿Para que la poli, si asoma, no vea cómo el personal le pega a la yerba?

—¿Cómo puedes decir eso, Israel?

—Se huele, se siente... ¡la yerba está presente! ¿Y Karen?

—Pues... —vaciló—. No ha venido hoy. Creo que ha llamado diciendo que estaba indispueta.

Israel dio media vuelta y le metió un puñetazo en el estómago que hizo doblarse a Mathias. Entre la poca, escasa luz, y que la gente estaba cada cual a lo suyo, nadie se enteró de aquello.

Atrapó al *maître* por el pescuezo arrastrándolo hacia un lugar de la sala donde había unos tupidos cortinajes y tras ellos, seguramente, un corredor. Lo arrinconó, clavándole el puño en la nuez.

—Por qué mientes, ¿eh?

—Déjalo —dijo detrás del detective una voz bien timbrada, cálida, femenina.

Lo soltó, volviéndose hacia ella.

—¿Has dicho tú que me mintiera?

Karen era una mujer alta, bien formada, suave de curvas dentro de aquel traje de noche granate, muy rubia.

—Sí...

La besó, sin más, en los brillantes labios carmesí.

—¿Por qué?

Los ojos azulados de la dama, en la oscuridad, relucieron, quizá de deseo.

—Para que te fueses y te evitaras problemas.

—¿Por qué me has enviado a Bo?

—Necesitaba un detective.

La bofetada en mitad del suave y terso rostro fue mucho más espectacular que el beso.

—¿Te ha dicho John Risch que lo hicieras?

Mathias trató de saltar sobre Israel pero éste, como si tuviera ojos en el cogote, hizo salir el codo izquierdo atrás para que impactara en el tórax del otro, revolviéndose, para machacarle rostro e hígado con un fulminante uno-dos que puso al *maître* K.O. sin exhalar un gemido.

Estuvo al punto de nuevo con la rubia.

—Vamos a tu despacho, golfa —la atrapó con violencia por un brazo—. Tenemos que hablar.

—¡Te matarán, Israel! —sollozó la hermosa rubia.

—¿Y a ti qué te importa? Mandarme a Bo formaba parte de ese juego, del juego de ellos. Necesitaban tener controlado al pesquiza que investigara el asunto ese del juego de niños... ¿Por qué, Karen, por qué?

Habían dejado atrás las cortinas y avanzaban por el corredor.

—¡No sé de qué va el asunto!

—Pero te has metido en él, ¿no?

—Soy víctima de un chantaje por parte de Risch, ¡lo juro!

—¿Desde cuándo?

—Mucho antes de conocerte a ti, Israel. Nunca quise hablarte del asunto. Tampoco podías hacer nada. Él me ha forzado a que te enviara a la chica. Somos muy amigas... Risch contaba con que ella vendría a sincerarse conmigo, puesto que con Capucine, su madrastra, se lleva fatal. John me dijo que si eso sucedía...

Estaban a la puerta del despacho de dirección.

—¿Dónde está Risch?

—No lo he visto esta noche, te digo la verdad.

—Si mientes te marcaré tu bonita jeta de por vida, Karen. Cuando me embalo no respeto a nadie. A nadie. ¿Qué sabes de un tal *Primitivo Urzaiz*?

—Se lo he oído nombrar alguna vez a Risch. Pero no le conozco.

—Bien... ¿Quién atiende la centralita hoy?

—Margaret...

—Ve y dile que si llaman pidiendo por un tal señor Urzaiz que lo anuncie, repetida e insistentemente por el cuadro de megafonía de la sala.

—Cortará el volumen de los músicos.

—¡Como si ha de cortarle la cabeza al mismísimo presidente, está claro!

—Sí...

—Piensa que te vigilo, ¿eh? Luego te espero en la barra para que me invites a un bourbon.

Eso sucedió, exactamente, un par de minutos después.

Tras paladear con chasquido de la lengua el licor, sonrió Israel, como si nada hubiera sucedido, susurrando:

—Calidad... sí. Calidad. ¿De dónde sacas este bourbon, pequeña?

Karen, nerviosa, brillantes aún más sus labios al contacto del líquido, y por tanto, más apetecibles, dijo, con ellos levemente temblorosos:

—No sé de dónde obtienes tú tanta sangre fría, Israel. Pero lo que sí es que se trata de algo muy gordo... ¿Quieres entenderlo, detective? Te matarán y punto. Tú no eres nada, nadie...

—Gracias —hizo una burlona inclinación—, gracias...

—¡No seas absurdo, Israel! Sabes que tengo razón. No somos más que notas disonantes en su concierto que eliminan cuando intuyen que les estropean la interpretación...

—¿Y qué interpretan, Karen?

—Una rapsodia de sangre. Estando Risch de por medio, seguro. Matan, matan y matan, respondiendo a elevados intereses de gentes que están en otro mundo, lejos de nosotros... ¡Por favor, márchate! Olvida eso. Mañana te llamo y cuando pueda librarme un poco de John nos vamos a pasar unos días en mi cottage de Scarlett Island, ¿eh?

—No...

Karen, más que nerviosa, estaba desesperada.

—¡Me voy a volver loca!

—Bueno este bourbon, muñeca. Bueno... —alzó el vaso en simbólico brindis—, bueno de verdad.

La música bajó de repente para dejar paso a la voz de Margaret, diciendo por los amplificadores:

—Rogamos al señor Urzaiz, señor Urzaiz, por favor, que se persone en cualquiera de las cabinas telefónicas del vestíbulo. Le requieren con urgencia. Señor Urzaiz, por favor, sírvase atender la llamada.

—Buena chica esta Margaret —comentó, en su línea irónica, Israel—. Casi tanto como el bourbon. ¿Me perdonas, Karen...?

Se fue hacia el vestíbulo situándose al otro lado del mostrador del guardarropía. Instantes después se abrió la puerta de la calle dejando paso a la figura de Morgan A Secas.

Cruzaron una mirada de inteligencia.

Empezó la espera.

Corta espera, sí.

Vino el tipo procedente de la sala y dirigiéndose a la encargada del guardarropía, le dijo:

—Soy Urzaiz, señora. ¿Dónde...?

—Yo le llamo, amigo.

Giró.

—¿Usted...? Me han dicho que era por teléfono.

—Me llaman Israel «el rápido». Ven, Urzaiz, tenemos que dialogar.

Era un hombre alto, de mediana edad, recia musculatura y

presencia impecable. Cabellos muy negros, brillantes y ondulados. Achicó sus pupilas oscuras, murmurando:

—Oiga, oiga... ¿qué es lo que quiere?

—Dialogar.

—¿Sobre qué?

—*Juegos de niños...*

Urzaiz se puso lívido. Y su diestra se fue al sobaco en busca, sin duda, de una pistola.

Morgan A Secas le metió en el costado el cañón de su muy pavonada Parabellum.

—No hagas tonterías, nervioso —le advirtió—. En Nueva York se muere de prisa y sólo una vez. Aquí, «el rápido», quiere charlar. Vamos afuera, ¿eh? Tranquilo, andando normal, como si no pasara nada. Empieza...

No tenía más opción que obedecer.

Cuando estuvieron bajo el techo de las estrellas, inquirió Urzaiz:

—¿Dónde?

—Camina hacia la zona del parking. Justo al lado del Volkswagen bermellón —dijo Israel—, Sin aspavientos, sin tonterías... Morgan dice la verdad. Se muere muy de prisa en Nueva York.

Llegaron. Melody les veía desde dentro del vehículo. Morgan le hizo señas de que se mantuviera allí y pusiese el motor en marcha.

—Bien... —el tipo aparentaba bastante serenidad—, ¿qué desean de mí?

—Te apodaban Primitivo, ¿no?

—Sí —afirmó a la pregunta del detective. Inquiriendo con cierta mordacidad—. ¿Es por eso que pretenden secuestrarme?

El puño de Stone impactó en la boca del otro. La sangre salió a relucir de inmediato.

—Menos coñas, hermano. Te has puesto muy nervioso cuando he pronunciado... *juegos de niños*. ¿Por qué?

Se limpiaba con el revés de la mano el líquido escarlata.

—Sorprendido... me ha sorprendido. Pero nada más.

—Y querías sacar una pistola, ¿eh? —le enseñó los dientes, con ferocidad, Israel—. Voy a seguir sorprendiéndote, Primitivo. Sterling McNelly, Colosimo y un tal Sepulturero, han visitado esta mañana a Melody Saint-James, en busca, por la violencia, de cierto carrete de fotos que ella sacó del accidente de Manhattan que sirvió para que Ferdinand Alcaraz asesinara a Bruce Alberston. Se ve bien eso en el cliché, ¿sabes? Esos tipos, han vuelto esta tarde... ¿sigues sabiendo, puerco? He tenido ocasión de poner pero que muy a gusto al tal Sterling, el cual, dicharachero que es él, me ha hablado de John Risch... ¿me sigues?

—Pero no entiendo nada de lo que dice. No conozco a ninguno de

esos hombres... ¿Por qué se complica usted la vida, amigo? Déjeme tranquilo y olvidemos todo esto. ¿De acuerdo?

—Estás buscando que te machaque el hígado, hermano... ¿No los conoces, dices? ¡Por favor! Sterling me ha hablado muy bien de ti, jeso es un verdadero amigo! Asegura que les has pagado porque le robaran el negativo a la chica... *y para que ayudasen a Ferdinand Alcaraz a caerse bajo las ruedas del subway*. Asesinato, Urzaiz, asesinato. Eso es grave...

—Al que se lo prueben sí. A mí....

El puño de Israel hizo trizas la nariz del tipo.

Y entonces Morgan gritó. Gritó al darse cuenta de que Primitivo Urzaiz, chorreando sangre como estaba, movía las mandíbulas rápidamente.

Masticando algo.

—¡Israel! ¡Una cápsula! ¡Se está envenenando!

En efecto.

Y se trataba de un veneno efectivísimo porque Urzaiz, segundos después, se desplomó en tierra como fulminado.

—¡Maldita sea mi estampa! —se desesperó, colérico y frustrado a la misma vez, el pesquisa—. ¿Cómo no se me ha ocurrido...?

—¡Quién iba a pensarlo! —exclamó, A Secas.

—Estos no son métodos lógicos en un delincuente habitual, Morgan. No... Espionaje quizá. Subversión, ¡qué sé yo! Pero un tipo que está mentalizado para envenenarse, o es un profesional entero, o responde a cualquier fanatismo político-ideológico. *Mas es siniestro y es vil... Que tras los juegos esconden, criminales destellos...*

—¿Te has vuelto loco, metomentodo?

—¡Ayúdame a meterlo en el coche!

Melody, les contemplaba, perpleja.

Israel pasó al lado de ella.

—¡Fuera de aquí, muñeca! ¡Volando!

El Volkswagen salió como una centella de la zona de estacionamiento abierta delante del Páramo Sangrante.

Justo cuando oyeron el tableteo siniestro de una metralleta.

—¡Rápido, prenda! ¡En «ése», conduce en «ése»! ¡Van por los neumáticos!

La pericia y habilidad de Melody logró hurtar las ruedas a los impactos de los proyectiles.

Se perdieron en las sombras de la noche.

—¡Menos mal...! —suspiró Morgan. Preguntando—: ¿Qué haremos con el fiambre?

—Hibernarlo —replicó Israel con fúnebre ironía—. ¿No te has fijado en lo bonito que es?

—¡Por favor, callaos ya! —estalló la repórter gráfico, con los nervios

a flor de piel.

CAPÍTULO VI

—¿Espionaje? —preguntó, arqueadas las cejas, Morgan.

Estaban de nuevo en el apartamento de Melody Saint-James.

Primitivo Urzaiz estaba en el fondo de la bahía, ensuciándose su cadáver con las aguas del Hudson.

La chica había preparado unos whiskys.

Israel, paladeando el licor, murmuró:

—No...

—¿Cuándo vas a decidirte a explicar lo que sabes o imaginas? —inquirió, un tanto molesta la bonita pecosa de cabellos panocha—. ¿O no es el momento todavía?

—No es el momento de que te muestres tan hiriente, Melody. Son muchas cosas las que se amontonan aquí... —se puso el índice en la frente—, pero de forma anárquica. ¡Está bien! Antes de echar un vistazo a las pertenencias de Urzaiz, os resumiré mi hipótesis. Una sola palabra la simplifica: Armas.

—Armas... —repitió Morgan.

—¡Ya te lo he oído cien veces! —Melody seguía nerviosilla. Y añadió ella—: Porque han usado los juguetes de los niños como armas mortales.

—Exacto —cabeceó Israel, ignorando el nuevo amago irónico de la muchacha. Puntualizando—: Salvo en el caso concreto de Bruce Alberston, claro.

—¿Qué quieres decir? —preguntaba de nuevo A Secas.

—No estaban seguros de que cuando se produjera la colisión en la Quinta Avenida, Alberston, que realizaba seguramente a diario y a la misma hora aquel trayecto, muriera. Podía recibir una herida superficial o salir indemne. Por eso presionaron o pagaron a Ferdinand Alcaraz. Él fue quien en verdad asesinó al ejecutivo de la National Children's Machines Corporation, quitándole después del bolsillo la cartulina donde estaba escrita la poesía sentenciosa. Ambas cosas, asesinato y hurto, se apreciaban con nitidez en las fotos que por casualidad obtuviste tú. Por eso vinieron a buscarlas. Uno de los involucrados te debió ver máquina en ristre y pensaron con mucha lógica que en alguna de las placas que tú impresionabas... —hizo una pausa, frotándose con energía la barbilla, para proseguir—: En los casos de Arthur Dawson y Gene Fosse se sirvieron, sí, íntegramente de

los juguetes de sus propios hijos. Interviniendo en ellos, claro. Bastó con interferir el transmisor-receptor del hijo de Arthur, imitar la voz del niño, y llevar a Dawson hasta el precipicio. Y con Fosse, se limitaron a sustituir los revólveres de juguete por otros de verdad, con peso muy similar y balas de plomo. Así de sencillo y así de criminal.

—¿Y que un tío tan deductivo como tú tenga que jugar a los dados para sobrevivir!

—¿Vale que eres un paliza, Morgan?

—Es una canallada —habló Melody Saint-James—, utilizar a los niños para conseguir la muerte de sus padres... ¡una monstruosidad!

—Una venganza —sentenció Israel Stone, dejando a su auditorio muy intrigado, cosa que evidenciaron con las miradas. Agregó, clarificante—: Una venganza de alguien que perdió a sus padres, o a sus hijos, por *algo* en lo que estaban, directa o indirectamente vinculados, Alberston, Dawson y Fosse.

—¿Y la palabra... *armas*? —matizó ella.

—La National Children's Machines Corporation no es más que la pantalla... —inició Israel, haciendo una pausa intencionada como tratando de provocar un lapso de suspenso. Siguió—: La industria de paja tras la que se esconde *una fábrica clandestina de material bélico*.

Morgan y Melody se miraron entre sí con los ojos muy abiertos. Después, despacio, los llevaron hasta el rostro del detective.

—¡Israel... —articuló la bellísima pelirroja—, eso encaja!

—Parece disparatado —argumentó con más calma A Secas—, pero sí, encaja. Y cabe de suponer, entonces, que con las armas que se fabrican en esa industria clandestina se causó la muerte de los familiares de quien está llevando a cabo esta venganza, ¿no?

—¡Bingo! —sonrió Israel—. Pero como diría el negro me parece que haces trampas.

—Una vez que me atrevo a pensar por mí mismo. Pero ¿quién, Israel?

—Quizá las pertenencias de *Primitivo* Urzaiz al que podemos considerar coordinador de la operación, nos aclaren algo al respecto.

—¿Por qué no se han cargado al principal responsable, a Walter Wallace? —quiso saber Melody.

—Interesante pregunta —le sonrió Israel. Respondiendo—: Porque a uvedoble, uvedoble, piensan liquidarlo de otra manera.

—¿Otra manera? —articuló A Secas.

—Clímax de pánico. Lo están envolviendo en una espiral de terror... Las muertes de sus tres subalternos, una bomba que no explota porque estaba preparada para no estallar, un hombre mayor, batido por el pánico, con un corazón muy débil que padece insuficiencia coronaria. El infarto, ¡y adiós!

—*Chapeau*, metomentodo —dijo Melody, sin disimular su

admiración hacia el poder deductivo de Israel.

—Nos sigue faltando... *quién* —amargó la velada Morgan.

—Trae lo que hemos encontrado en los bolsillos de Urzaiz, Melody. Obedeció.

Carta de identidad y permiso de conducir extendidos ambos a nombre de Héctor Urzaiz, hondureño y residente desde tres años en Estados Unidos, con su correspondiente pasaporte.

Un carnet de trabajo, a favor del ingeniero Héctor Urzaiz...

—¡Vaya con el carnet..., vaya! —estalló Israel—. ¡Esto echa por tierra parte de mi hipótesis!

Morgan y la chica se mostraron muy intrigados. El detective siguió:

—Según este documento, Urzaiz formaba parte de la plantilla técnica de la Exit Boy's y C.º y quién era el alemán —exclamando como queriendo convencerse a sí mismo—: ¡Es absurdo! Se puede ser alemán pero no idiota.

—Israel, Israel, por favor, vuelves a hablar en clave...

—Perdona, Melody. Quiero decir que es fuera de toda lógica que Klaus von Bergman sea el cerebro de este juego asesino, que trate de vengarse de quienes teóricamente le plagiaron unos planos, y emplee para la parte sucia del programa personal vinculado a la empresa. ¡Que no!

Morgan, que seguía ojeando las pertenencias de Urzaiz sin dejar por ello de escuchar a Israel, le mostró una fotografía en color, diciendo:

—¡Eh...! ¿Te dice algo esto? Es el difunto con dos muchachos...

—Trae, Morgan.

En efecto. Era un 13x18 en agfacolor donde se veía un *Primitivo* Urzaiz algo más joven, al que flanqueaban dos espigados mozalbetes, de unos dieciséis o dieciocho años, que el hombre tenía sujetos respectivamente por los hombros.

—¡Podrían ser sus hijos! —dijo Melody.

Stone miraba la foto muy atentamente. Con ojos escrutadores que parecían querer ir más allá de lo que la máquina había captado.

—¿Ocurre algo? —quiso saber Morgan.

Israel se mordía el labio inferior.

—No sé... Nunca he visto a estos muchachos, Y sin embargo...

—¿Dirías que los conoces? —completó, interrogante, la hermosa pelirroja.

—Sí... Eso, diría que los he visto antes.

—Suele suceder a veces, Israel —habló Morgan—. Hay personas que por una razón física y a la vez inconcreta, nos recuerdan a otras.

—Será eso, sí —acabó admitiendo Stone.

—No hacemos más que divagar —anunció Melody. Añadiendo—: De una teoría que los tres aceptábamos como lógica y sólida hemos pasado a un impasse de duda provocado por el hecho de que Urzaiz

estuviese integrado en la plantilla técnica de la Boy's... esa. No me parece coherente.

—Ni a mí, ni a mí —se solidarizó con la chica, Morgan.

—¿Y si hablastes con Von Bergman, Israel?

—En el caso de que el alemán sea el cerebro motriz de este juego de crímenes, no iba a reconocerlo delante mío por mi cara guapa. Y ante Klaus no puede plantarme por la violencia, sin una base muy firme que lo justifique. Sin embargo... Antes de entrevistarme con él apuraré de nuevo la posibilidad de interrogar a Walter Wallace.

—¿Con el mismo éxito de esta noche?

Negó el detective con la testa.

—No. Esta vez voy a asegurarme de que nadie me impide llegar hasta uvedoble, uvedoble.

—¿Cómo...? —insistió, de nuevo, Melody Saint-James.

—¿Qué tal se te da el colocar bombas, Morgan *A Secas*?

Salió del asiento, hacia arriba, como disparado por un resorte.

—¡Israel...! Tú, cada minuto que pasa, estás más loco... ¿Verdad?

—Verdad. Escúchame, hombre, escúchame. Tú...

CAPÍTULO VII

La telefonista hizo un guiño extraño.

Posiblemente porque le sonaba raro lo que le decía el comunicante.

—¿De dónde dice que es, señor?

—¿Me escucha bien, señorita? —preguntaron al otro extremo del hilo.

—Sí... Pero no he entendido el nombre de la empresa.

—No es ninguna empresa, señorita.

—¿Qué me ha dicho entonces, señor?

—¡Que pertenezco a la organización terrorista FTH!

Otro guiño en la faz simpática de la operaría.

—¿FTH? ¿Qué significa eso?

—Fuera Todos los Hospitales. Y para confirmar nuestro anagrama y lo que con él pretendemos reivindicar... mejores servicios asistenciales, médicos más competentes e interesados por los problemas de sus enfermos, para todo eso y más, le comunico que hace cinco minutos hemos depositado una preciosa bomba ahí, en el Columbia-Presbyterian Medical Center. ¿Me comprende ahora, señorita?

—¿Una bomba...?

—¡Exacto! En el quirófano dos de la sala de urgencias. La encontraran dentro de una caja de cartón beige, haciendo «tic-tac», «tic-tac», «tic-tac»... ¡Adiós, señorita! ¡Feliz explosión!

Se quedó, absorta, embobada, mirando el teléfono.

¡Clic!

—¡Oiga, oiga...! —y de repente—: ¡Socorroooooooooo!

—¡Mylene...! ¡Qué te sucede?

—¡Una bomba, miss Elstrom! ¡Han puesto una bomba en el hospital!

A miss Elstrom la montura de carey que contenía unos gruesos cristales que le permitían ver a la gente, le resbaló hasta casi la punta de su aquilina nariz.

—¿Bomba...? ¿Quién le ha dicho eso?

—¡Uno de ellos, por teléfono! ¡Un miembro de la organización terrorista, FTH! ¡Lo han reivindicado!

—¿FTH...? Nunca he oído... —pegó un respingo, y—: ¡Una bomba! ¡Han puesto una bomba en el hospital!

A partir de aquí, Troya.

Pareció como si el artefacto hubiese explotado realmente.

Se armó un pandemónium que no se podía aguantar.

Gritos, carreras, gente buscando la salida atropelladamente, peticiones de auxilio, silbatos de los guardias de seguridad... ¡el caos!

Israel, medio oculto en uno de los lavabos sentía remordimientos de conciencia por ser el responsable directo de todo aquel infierno.

El fin, aunque a veces los medios no fuesen demasiado éticos, justificaba muchas cosas.

Era aquél el mismo lavabo del que la noche anterior viera salir a Capucine.

Con la puerta entreabierta dominaba la de la habitación donde se suponía estaba instalado Walter Wallace. Aquel pasillo correspondía al sector conocido como Unidad de Cuidados Intensivos.

Al abrir unos centímetros más la puerta del lavabo volvió a recordar que de allí había salido el bombón excitante, tropical, que llevaba por nombre Capucine.

Deseable Capucine, sí.

Brilló entonces.

Brilló, cegadoramente.

La luz del flash que inundó de claridad hasta el último rincón de su mente.

Luz, mucha luz...

Salió precipitadamente sin aguardar ni un segundo más, corriendo pasillo arriba contra corriente, contra el curso del embravecido océano de gente que buscaban la salvación fuera del hospital amenazado con el estallido de una bomba.

Consiguió su objetivo.

Y de una patada descuajaringó la puerta arrancándola, casi, de las bisagras.

—¡Eh...!

Capucine, tras la exclamación de sorpresa, se le quedó mirando.

—¿No les tienes miedo a las bombas, sabrosa? ¿O acaso piensas que ésta no explotará tampoco?

—¡Israel!

—Me llaman. ¿Y a ti, pequeña?

—Capucine... lo sabes.

—De apellido, prenda, de apellido. Pero el de verdad ¿Urzaiz... quizá?

Se oscurecieron todavía más las exóticas facciones de la deseable Capucine. Y un ligero temblor agitó su barbilla suave.

Los ojos enormes chispeaban. Eran como proyectiles clavándose, asesinos, en la deportiva silueta de Israel Stone.

—¡Estás loco!

—Eso me dice siempre Morgan A Secas. Pero dice también que soy un hombre de brillante intelecto y extraordinarias dotes deductivas. Y añade que es una pena que esté siempre sin blanca y tenga que ir a la timba del negro a hacer trampas con los dados. ¿Cuántas trampas has hecho tú, bombón, para llegar a esto? —y extendía el índice sobre el cuerpo exánime, con oxígeno conectado y un marcapasos, de Walter Wallace.

Capucine no se preocupó de insistir en negativas o actitud de confusión.

—¿Cómo lo has sabido? — admitió.

—Te pareces mucho a tus hermanos... aunque no tanto a tu padre.

—¿Muerto...?

—Se tragó una píldora de algo muy indigesto. Para que tú pudieras seguir adelante con el proyecto. Fueron tus hermanos la causa, ¿verdad?

—Sí... ¡Las armas que fabrica este canalla fueron las causantes! Un equipo de mercenarios pertrechados con modernísimos ingenios suministrados a los golpistas de mi país por la eufemística National Children's Corporation, sirvieron para borrar miles de vidas, entre ellas las de Rubén y Juvencio... mis hermanos. Mi padre y yo trabajábamos en el Servicio de Inteligencia del derrocado régimen democrático. A los chicos los fusilaron, tras torturarlos, porque se negaron a facilitar el menor dato sobre nuestro paradero. Los fusilaron con armas que fabrica este asesino, este retorcido criminal que amasa dinero encima de la sangre humana...

—Vosotros no habéis sido mejores, muchacha. ¿Por qué los niños?

—¡Porque había que aplicar la ley de Talión! ¡Ojo por ojo, diente por diente! ¡Mueren niños, viejos, mujeres... mueren todos con las armas que ellos fabrican! Alberston daba las órdenes, Dawson las ejecutaba ordenando la fabricación a miles de obreros, Fosse se encargaba de concretar las ventas...

—¿Dónde está la fábrica?

—En una estación del subway que no se utiliza. Una gran estación subterránea. Pero sólo es una parte. La central está en Miami... ¡son repugnantes asesinos!

—¿Y tú, Capucine? ¿Piensas en el trauma que has creado en la mente de esos niños inocentes? ¿Cómo se enfrentaran a la vida el día de mañana, cada vez que recuerden... *o alguien les diga*, que fueron los causantes de las muertes de sus padres? Eso no es humano...

Como si no le oyera, gritó:

—¡Maldito hijo de perra, Israel! ¡Maldito! ¡Todo estaba perfectamente planeado!

—Sí. Debo reconocer que vuestra estructura criminal era sólida. Lo habíais previsto y planeado con meticulosidad rayana en la brillantez.

Muy logrado lo de tu boda. Estudiasteis bien a uvedoble, uvedoble y sus debilidades libidinosas, sus apetitos sexuales hacia mujeres jóvenes. Luego, tu padre integrándose en la competencia para que, en su momento, las posibles averiguaciones derivasen hacia la Exit Boy's y C.º... Pero ya te dije que los alemanes no son tan sutiles. Tan poéticos. Eso queda mejor en vosotros que tenéis profundas raíces latinas. La poesía de Rubén Darío... ¿Cómo podría pensarse, admitirse, la ideología de Darío en Deutschland? ¡Imposible! Por ahí fallasteis, prenda. Por ahí. Los textos eran demasiado elocuentes, hablaban de cerebros viles de los dueños que escondían crímenes tras los juegos. Decíais claramente que los juguetes ocultaban armas, y los convertisteis en armas para ejecutar a Alberston, Dawson y Fosse...

—Debí ordenar que te mataran en cuanto Bo fue a verte.

—¡Pero si ya teníais prevista mi intervención! ¿No?

—Te subestimamos. Karen lo hizo. Dijo que eras un tipo de cama y punto. Que pensarías más en acostarte con Bo...

—¡Pues iba dado!

—Eso también lo sabía Karen. ¿O es que no te has enterado aún del porqué de su amistad con Bo?

—¡No...! ¿Karen también...?

—También, Israel, también.

Percibió un crujido, un leve siseo, detrás. Entonces se iluminaron los enormes ojazos de la sudamericana.

Gritó:

—¡Mátalo, Risch...! ¡Mátalo!

Era cuestión de fracciones el morir o no morir. Un dilema muy superior al de Hamlet.

Alguien le susurró dentro del cerebro a Israel Stone que no podía fallar cuando precisamente llegaba al final.

Se fue al suelo, encogiéndose.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Tres balazos, tres.

Capucine Urzaiz salió como volando en alas y aras de los tres proyectiles que, tras dibujar tres flores de color rojo muy vivo, encendido, entre sus procaces pechos, la garganta y boca respectivamente, tras abrir ese jardín de sangre fresca en la exhaustiva anatomía de la hembra, la llevaron a estrellarse, dando tumbos y giros, contra la pared, donde rebotó con fuerza inusitada yéndose de bruces al lecho y quedando inerme, definitivamente muerta, cruzada sobre el cuerpo del asombrado Walter Wallace... uvedoble, uvedoble.

Israel no lo había visto.

Porque sobre sus hombros trazó un giro tan extraño como los efectuados por la desaparecida Capucine, saliendo como un tomado, 38 en ristre, ladeándose, dándole al gatillo, y haciendo estallar en

pedazos la cabeza del inesperado agresor.

John Risch llegó al otro barrio preguntándose cómo podía haber sucedido aquello, cómo era él el muerto y no el otro.

Stone pasó por encima del cadáver del amigo de Karen, saliendo afuera.

El follón continuaba.

Tomó el ascensor para subir a la sexta planta, en una de cuyas salas de consulta, pacientemente, le aguardaban Melody Saint-James y Morgan A Secas.

Preguntó:

—¿Ya les atienden, pareja?

—No... Y estábamos pensando en ponernos a hacer manitas. ¿Cómo ha ido?

Miró a la pelirroja con intensidad antes de responder a la pregunta.

—No sé si bien, o mal.

—¿Aviso a la poli, metomentodo?

—No, Morgan. Uvedoble ya lo contará todo cuando mejore. Lo único que haremos será dirigir una carta al Ministerio de la Guerra significando la ubicación de la fábrica clandestina aunque, queriendo ser honesto conmigo mismo, pienso que no voy a descubrirles nada nuevo.

—¿Insinúas... —empezó Melody—, que la National Children's Machines Corporation oculta esa fábrica con la anuencia estatal?

—Quizá no sea ésa la terminología correcta, pero se le parece mucho. El mundo y sus gentes son una mierda, familia. ¿Nos vamos? Tengo que ir a presentarle la minuta a Bo Wallace.

—¡Por fin tendremos pasta fresca en cantidad! —celebró Morgan.

—Te equivocas, A Secas.

—Oye, oye, yo...

—Necesito todo ese dinero.

—¡Todo! —Morgan había abierto unos ojos como naranjas—. ¿Para qué?

—Para casarme con ésta.

«Esta», era Melody Saint-James.

Que saltó al cuello del hombre, gritando:

—¡Israel... te adoro!

Y Morgan musitó:

—Estoy condenado a ser siempre el eterno segundón.

Israel y Melody estaban fundidos en un beso interminable.

Mientras Morgan insistía en la nostalgia filosófica de sus frustraciones:

—Y pensar que los he presentado yo... *a causa de un juego de niños.*

FIN

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO CIENTIFICO. EL CABELLO VUELVE A BROTar DE NUEVO. LA CALVICIE SUPERADA.

**EXITO ALCANZADO POR EL DOCTOR ROBERT MARHSALL, ENOMBRADO
BIOLOGO E INVESTIGADOR DE FAMA INTERNACIONAL.**



Rueda de prensa celebrada por el Doctor Koberl Marhsall

En la última rueda de prensa convocada por el prestigioso Doctor Robert Marhsall, a preguntas de los informadores el ilustre Biólogo manifestó textualmente lo siguiente:

"De los experimentos realizados con BIOTIN SOLUTION me siento muy satisfecho por los éxitos obtenidos. El principal objetivo consistía en reactivar y fortalecer el crecimiento del cabello existente, pero hemos quedado verdaderamente asombrados ya que además de lograr este propósito observamos maravillados que con BIOTIN SOLUTION el pelo volvía a crecer de nuevo."

"Comenzamos los experimentos con veintiocho mujeres, cuyos cabellos faltos de densidad raleaban como consecuencia de aumentos de secreción de la grasa sebácea y progresiva atrofia de los bulbos capilares, así como también con veintidós hombres con problemas de calvicie motivados a las

concentraciones de testosterona acumuladas bajo el cuero cabelludo."

"Sus edades oscilaban entre los 28 y 64 años, aunque representaban bastante más de las que tenían."

"Empezaron muy desconfiados por haber aplicado otros tratamientos en los que les ofrecieron muchas garantías y resultaron un fracaso."

"Durante los primeros quince días ya apreciábamos progresos muy satisfactorios, observando que el pelo existente había dejado de caer e iba adquiriendo consistencia y robustez."

"Antes de haber transcurrido dos meses logramos estimular la circulación de la sangre en el cuero cabelludo latente dando nueva vida a los bulbos capilares, dejando eliminadas las principales causas que impedían el crecimiento del cabello y contemplamos maravillados que el pelo comenzaba a brotar de nuevo."

(Continúa en la página siguiente)



Antes del tratamiento

Al terminar el primer mes

Finalizado el tratamiento

"En el tercer mes fue adquiriendo más cuerpo, vigor y volumen, alcanzando al final esa exuberante cabellera tupida, sedosa y larga por toda persona desenda."

"Como garantía les presento unas fotografías auténticas del proceso de recuperación del cabello mediante tratamiento con BIOTIN SOLUTION que se conservan en los archivos de los laboratorios."

"Y por último les diré que BIOTIN SOLUTION es un complejo vitamínico para usar como masaje del cuero cabelludo, utilizado por sus sorprendentes efectos solamente en centros exclusivos de alta especialización, pero ahora le hemos lanzado directamente al mercado prescindiendo de intermediarios y abaratando su precio para que se pueda seguir el tratamiento en el mismo domicilio, ya que es excepcionalmente eficaz en hombres y mujeres a cualquier edad."

Aquí finalizan las manifestaciones del prestigioso e ilustre Doctor Robert Marshall sobre el descubrimiento de BIOTIN SOLUTION, maravilloso producto que

vigoriza las raíces de los cabellos y estimulan activamente su multiplicación.

Si usted también tiene algún problema de cabello utilice BIOTIN SOLUTION que será su única solución.

BIOTIN SOLUTION es una linda forma garantizada de rejuvenecer y de realizar la belleza.

Aplice usted BIOTIN SOLUTION en su casa y conseguirá esa tupida, voluminosa y superabundante cabellera imprescindible para completar su elegancia.

¡NO LO DUDE! Haga usted HOY MISMO su pedido enviando a Marcas Extranjeras, Apartado de Correos n.º 536, Santander, su dirección completa escrita con letra muy clara en sobre cerrado y debidamente franqueado, sin necesidad de recortar y acompañar el boletín de pedido.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso. Precio de cada frasco 1.975 pesetas. Gastos de embalaje y envío certificado 225 pesetas.

Para el extranjero escriban antes consultando importes.

BOLETIN DE PEDIDO

Marcas Extranjeras, Apartado de Correos nº 536. Santander (España)

Nombre

Apellidos

Calle N.º Piso

Población D. Postal

Provincia



8 410018 000000

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

{1} Este modelo de revólver fabricado por Samuel Colt —el hombre que al decir de muchos historiadores armó al Oeste y a toda la Unión—, se llamó así por haberse puesto en marcha en la ciudad de Whitneyville, habiendo colaborado en su diseño el capitán Walker de los U.S. Dragoons. Este modelo vino a superar el hasta entonces insustituible Colt modelo Paterson, calibre 44. (N. del A.)

{2} Palabra que en argot del hampa se refiere a la acción de jugar, sobre todo cuando esa acción se lleva a cabo de manera clandestina. (N. del A.)

{3} Sinónimo peyorativo que se aplica a los sudamericanos.

Table of Contents

Título página

JUEGO DE NIÑOS

Viernes, 28. Enero 1983. 10 horas, A.M.

Sábado, 29. Enero 1983. 11 horas, A.M.

Domingo, 30. Enero 1983. 12 horas

PRÓLOGO

* * *

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

* * *

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII